

CUENTOS ILUSTRADOS

Más que un selfie

ISIL

Más que un selfie

Serie: Cuentos ilustrados 1

Editado por:
© 2026 Instituto Superior San Ignacio de Loyola S.A. (ISIL)
Todos los derechos reservados.

Av. La Fontana 955, La Molina, Perú
Primera edición digital, junio 2026
Libro disponible en: https://repositorio.isil.pe/
Depósito Legal Nº 2026-10113

Los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin autorización expresa de ISIL.
Publicación institucional desarrollada por ISIL como parte de sus iniciativas de producción académica y creativa, orientadas a la futura implementación del Fondo Editorial ISIL.

Gerencia de Gestión Académica – ISIL
Francisco Tafur Espinoza

Dirección de Innovación y Producción Académica – ISIL
Ariana Gabriela Canepa Hirakawa

Subdirección de Investigación y Metodologías – ISIL
Roxana Alexandra Albarracin Aparicio

Coordinadora del proyecto
Subdirección de Comunicación Académica - ISIL
Mary Gabriela Romero Martínez

Coordinador del Centro de Información – ISIL
Rosemary Chupillon Barreto

ISBN: 978-612-46388-1-7



Edición
Luis Chumpitazi

Diseño, diagramación y cubierta
Luis Chumpitazi

Corrección de estilo
Rossanna Alva Figueroa

Ilustradores
Alexis Jean Piers Ochoa
Fabiana Lorena Hidalgo
Esmeralda Salvador Soel
Vania Mercedes Zaen Ruiz
Carlos Alfredo Pérez Reinoso
Johanna Brigitte Lara
María Isabel Bobadilla
Lucy Valeria Caycho Maldonado
Rocío Angie Ventura
Andrea Celeste Motta Rocca

Autores (cuentos)
Tracy Luhana Palacios Aguirre
Ariana Belén Villar Bustamante
Karen Fernanda Caldas Ríos
Thalía Aylin Correa Carrasco
Adahia Jesús Pacco Encarnación
Angélica Gimena Gutiérrez Meza
Cielo Milagros Tirado Rojas
Celeste Lucero Castro Sandoval
Gabriela Alejandra Montilla Fernandes
Andersson Rubén Quiquijana Salas



CUENTOS ILUSTRADOS

Más que un selfie

ISIL

PRÓLOGO

Es un verdadero honor presentar esta antología de cuentos ilustrados, una obra nacida del talento y la sensibilidad de nuestros estudiantes. Estas páginas son el resultado del deseo de crear, de explorar los laberintos de la identidad y de rechazar el peso de las apariencias para mirar con valor aquello que suele ser invisible. Desde relatos que capturan transiciones vitales hasta manos marcadas por el trabajo, sus cuentos plantean interrogantes que la modernidad, lejos de resolver, parece acentuar. Cada historia es un espejo que refleja a una generación en busca de sentido en un mundo lleno de filtros y expectativas confusas.

Estos relatos e imágenes son, ante todo, la evidencia de nuestra filosofía: "Aprender a tu manera". Es un llamado a que cada estudiante explore su propia voz, sus ritmos, sus sueños y sus heridas, sin intentar encajarlos en moldes rígidos. Por eso, este libro no suena uniforme: aquí conviven la rabia contenida y la nostalgia agridulce, el atrevimiento de lo oscuro y la ternura de lo fantástico. Esa libertad se traduce en una autenticidad real, no fingida.

Para que estas historias cobraran aun más vida, han sido interpretadas por estudiantes de dibujo, animación y diseño. Sus ilustraciones no son simples adornos, sino diálogos silenciosos que expanden el horizonte de la palabra. Juntos, escritores e ilustradores, han construido un proyecto colectivo que demuestra que la formación no termina en el aula, sino que late en cada trazo y en cada línea.

Los invito a recorrer estos *Cuentos ilustrados*. Más que una compilación, son un testimonio de jóvenes que confían en que su mirada encontrará su propio camino. En un tiempo de lecturas rápidas en redes sociales, estas páginas nos regalan un espacio para la reflexión pausada y nos recuerdan que la literatura no es una forma de expresión en desuso, sino el eco más puro de nuestra humanidad.

Apoyemos a nuestros autores e ilustradores para que sigan creando a su manera. Disfrutemos de sus palabras e imágenes, porque en ellas, mientras descubrimos sus mundos, encontramos el reflejo del nuestro.

FRANCISCO TAFUR
Gerente de Gestión Académica - ISIL

Sumario



ISIL

CUENTOS ILUSTRADOS

Más que un selfie

9 **Este no es un poema de amor** *Lemonchild*

21 **Medias disparejas** *Tabata*

31 **Más que un selfie** *Nanda*

35 **Vestido azul** *Bereshit*

41 **Es más que un selfie** *Arthia*

51 **Una noche de amigos** *Gimena*

63 **Manos de tierra** *kiiroi*

71 **El selfie del inicio** *Gabale*

79 **El pintor** *Bambi*

85 **Perro** *Deran*


PERDEDOR PERDEDOR PERDEDOR

Este no es un poema de amor

Lemonchild

No fui suficiente. Perdí, perdí... Yo perdí.
¿Qué estoy tratando de demostrar?
Todavía no soy nada. No soy nadie. Mis manos no pueden escalar tan alto. Estoy perdido. Yo... perdí.
Como siempre, llegué tarde. Luché por un objetivo que estaba fuera de mi alcance, fuera de mi mundo. Fui ambicioso. Demasiado ambicioso.
De verdad creí que podía ganar, que esta vez iba a sentirme alguien... cuando ni siquiera soy capaz de llamarme autor.

Autor:
Lemonchild

Carrera:
Diseño de Interiores

Ilustración:
Esmeralda Salvador Soel

Carrera:
Diseño - CDIS



—Perdí.

—Perdí.

—Perdí.

—Yo perdí. Tal como lo dijo mamá. Tenía razón: no soy nadie. Nunca le he ganado a nadie, nunca he sido suficiente. Fui ambicioso, orgulloso, vanidoso... y no soy nada.

Los pensamientos giran en mi cabeza como un torbellino. Me asusta lo que podría llegar a hacer. Paso las manos por mi cabello recién cortado, intento jalarlo, pero mis dedos resbalan. Solo termino arañándome los costados del rostro. Quiero llorar. Realmente quiero llorar. Quiero desaparecer. Soy un perdedor. Solo eso: un perdedor.

No he hecho nada relevante en mi vida como para sentirme bien conmigo mismo. Estoy lleno de mala suerte. Todo por mi maldito orgullo. Por querer algo que no merezco.

—Oye, está empezando la premiación. Deberías estar allá... la profesora dice... —dijo una voz.

Él. Tenía que ser él. De todas las personas posibles, justo él tenía que verme así.

—IRÉ PRONTO. PUEDES IRTE —SUSURRÉ, CLAVANDO LA MIRADA EN UN PUNTO MUERTO EN LA PARED. TAL VEZ AHÍ HABÍA UN POCO DE PAZ, ALGO QUE ME AYUDARA A RESPONDER SIN GRITAR... SIN LLORAR.

—¿Estás bien? —preguntó de golpe. Justo lo que no quería: preguntas. Mucho menos tener que responderlas.

—Sí. De maravilla. ¿Puedes irte? Respondí cortante, escondiendo mi rostro entre las manos. Las lágrimas ya estaban al borde.

Mierda.

—Amigo... no te ves bien.

Empezó a acercarse.

Yo retrocedí. Mis piernas estaban entumecidas, no querían moverse. No podía correr.

—Sé que este concurso era importante para ti, pero... ¡Hey!, habrá muchos más. Eres bueno en lo que haces. No deberías dejarte vencer por esto. Eres increíble. Si perdiste esta vez, siempre habrá otra oportunidad...

Eso era lo último que quería escuchar.

—Vamos, no seas pesimista, siempre hay próximas oportuni...

—¡No las hay! ¡No para mí! —grité, pero me callé al instante.

Solo debo aguantarme. Debo mantenerme sereno para no caer en el llanto. Porque si empiezo... no podré parar.

—Calma, Thiago. Sé que estás molesto...

—No, no lo sabes.

—Calma, por favor...

—Por favor, vete. Te vas a perder tu premiación.

No quería escuchar a nadie. Sé que todos van a recordarme por esto. Mi lugar. Mi derrota. El eterno "maldito segundón".

El ganador se lleva todo. El perdedor regresa a casa con las manos vacías, la cabeza agachada, temblando, con una madre que lo mira con desprecio porque no tiene nada que ofrecer.

—También es tu premiación —intentó consolarme, con una de esas estúpidas sonrisas suyas.

Pero lo único que provocó fue una tormenta.

—¡No! —volví a gritar—. Y esta vez no me callé.

—¡No gané! —No gané nada, no soy nada.

—Perdí, realmente perdí, perdí... contra ti.

—¡ELÍAS, TÚ NO ENTIENDES! ¡NO ENTIENDES NADA! NO SABES QUIÉN SOY, NO SABES POR LO QUE HE LUCHADO. NO SABES CUÁNTO ME ESFORCÉ POR CONSTRUIR ESTE MALDITO TALENTO. ME OBLIGUÉ A SENTIR EMOCIONES QUE NUNCA FUERON MÍAS. ME OBLIGUÉ A AMAR CUANDO NI SIQUIERA SÉ QUÉ SIGNIFICA UN BESO. ¡ME OBLIGUÉ A SER UN GANADOR CUANDO NUNCA HE SIDO NADIE!

—Pero...

—Me pasé. Hablé de más.

—Por favor... vete.

—Su voz sonó genuinamente confundida, lo cual, para ser honesto, solo me hizo sentir peor.

—No sé exactamente qué estás sintiendo ahora. Como dije... debes estar molesto, indignado, triste... tal vez avergonzado.

Definitivamente, no sirve para consolar. ¿Cómo demonios este idiota me ganó?

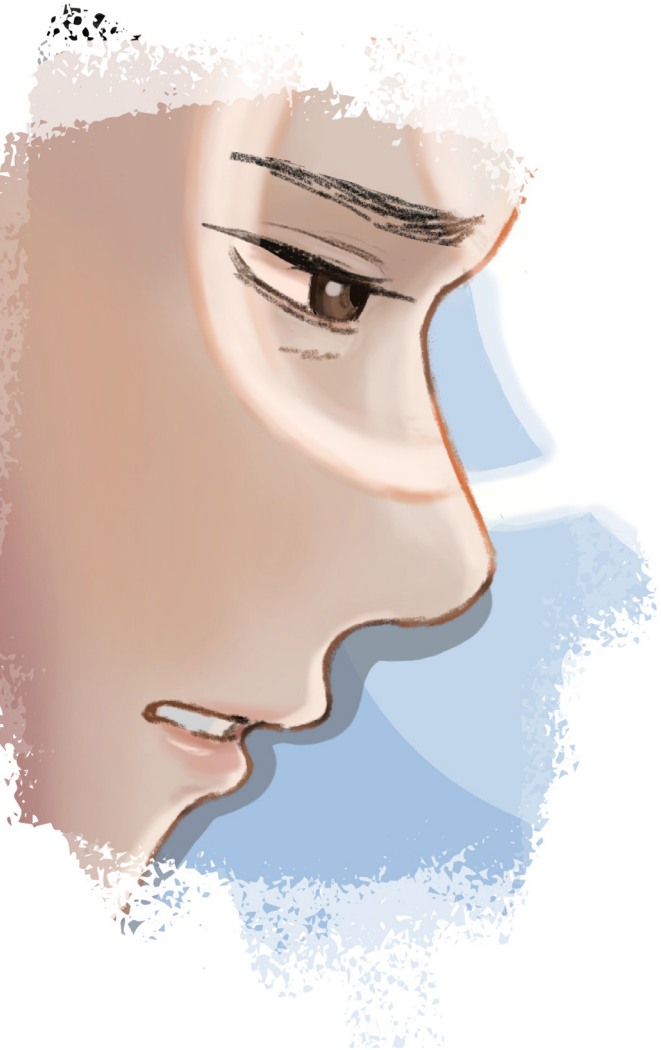
—Pero... —vi cómo ocultaba el rostro con el antebrazo mientras miraba hacia atrás, comprobando que los pasillos estuvieran vacíos.

—¿Puedes dejar de llorar como un bebé? Pareces un niño al que se le cayó el mundo. ¿De verdad estás haciendo un berrinche por esto? Solo es un concurso, amigo. Si no ganaste, déjalo pasar... De todas formas, tu triunfo era imposible si yo era tu contrincante.

Destapó su rostro y dejó ver esa sonrisa grande, orgullosa, casi burlona. Altiva. Ese era el verdadero Elías Kingsley. El auténtico. El que me gustaba odiar. Al que no podía admirar.

Sabía que diría algo así, es Elías, después de todo. Siempre tan brillante, tan seguro de sí mismo, tan cruel sin darse cuenta, o peor, dándose perfecta cuenta. Nunca le ha importado medir sus palabras, porque para él la verdad no se suaviza, se escupe sin filtro, como si su sinceridad fuera un favor para el mundo.





Y tal vez lo sea para algunos, pero no para mí. No cuando llevo semanas sin dormir bien, dudando de cada línea que escribo, repasando cada detalle, creyendo que esta vez sí, que tal vez hoy podría ser yo el que se llevara el aplauso. Pero no, nunca lo soy porque, al final, siempre aparece él, con su sonrisa perfecta, con su talento innato, con su facilidad para brillar sin siquiera intentarlo. Y yo, que lo di todo, me quedo otra vez con las manos vacías. Con la frustración desbordándose por dentro, con la rabia en el pecho. Con la certeza amarga de que no importa cuánto me esfuerce... jamás será suficiente si Elías está en la misma sala.

> —Vete a la mierda, Elías —dije, y salí corriendo de ese lugar, con las lágrimas traicioneras deslizándose por mis mejillas y un dolor en el pecho que me apretaba con fuerza, como si me estuviera asfixiando. Todo por su culpa, por sus palabras hirientes. Por su maldita honestidad.

Grité victoria con cada palabra que solté, lo sé. Era mío el podio, la sonrisa, el escenario... todo. Todo. Lo derrumbé con precisión, con frases que sabía que iban a romperle el corazón. Porque así se juega esto, ¿no? El que quiere ganar debe estar dispuesto a aplastar. Y yo... yo gané.

Entonces, ¿por qué verlo alejarse duele?

Corrió como si se estuviera deshaciendo, con el alma rota en cada paso. Yo lo vi, lo sentí. Y algo dentro de mí se dobló.

Se supone que debía sentirme bien. Triunfante. Intocable

Pero mi pecho duele. Como si de verdad hubiera causado daño. Y sí, sé que lo hice. Lo vi quebrarse frente a mí. Pero... ¿por qué debería importarme?

ES SOLO UN ESTÚPIDO CONCURSO, UNA ABSURDA COMPETENCIA. UNA TONTERÍA QUE NO VALE NADA A NIVEL ACADÉMICO. NI SIQUIERA SUBE LA NOTA. NO DEFINE NADA EN EL MUNDO REAL. Y AUN ASÍ... ÉL ACTÚA COMO SI LE HUBIERA ARREBATADO LA VIDA.

—Idiota... —murmuré, apretando los labios, y sentí cómo se enrojecían por la presión. Apreté con más fuerza, intentando contener algo... no sabía bien qué. Rabia, culpa, satisfacción. Un enredo sin nombre.

Pero entonces me descubrí sonriendo. Sonriendo como un completo imbécil. Una sonrisa torcida, cruda, de esas que no sabes si nacen de la burla o de la incomodidad. Y luego, sin aviso, solté una risa, una risa seca.

—Sin duda, es un idiota —dije en voz baja, como si necesitara escucharlo en el aire para convencerme.

ERES ÚNICO... COMO UNA MELODÍA JAMÁS ESCUCHADA, O COMO UN VERSO NUNCA PRONUNCIADO;
TAN CLARO COMO LAS GOTAS DE LLUVIA, PERO TAN DEVASTADOR COMO UN HURACÁN. ERES ÚNICO, MAGNÍFICO. VI A TRAVÉS DE TI, Y RECONOCÍ ESA PERFECCIÓN EN LA QUE TE MANTENÍAS CAUTIVO, EN LA QUE TÚ MISMO TE OBLIGABAS A PERMANECER.

Pero por dentro, algo se revolvía. No por haber ganado, sino por haberlo visto rendirse.

Y la parte más absurda es que... yo nunca quise verlo rendido. Quería verlo pelear.

Corrí detrás de él. Mis piernas se movieron solas, como si algo más me empujara a seguirlo. Y, sin darme cuenta, ya estaba tras su rastro, buscando alcanzarlo. No para discutir, no para pelear, sino para decirle, al fin, lo que en verdad quería decirle desde hace mucho.

—¿¡Perdiste!? —una voz femenina me sacó de golpe del trance, y lo que vino después me dejó helado.

Un sonido seco. Un impacto fuerte. Y Thiago, que apenas reaccionó.

No gritó. No se quejó. Solo desvió el rostro por la fuerza del golpe, como si no fuera la primera vez. Como si ya supiera lo que venía.

Me detuve, sin saber si correr hacia él o quedarme congelado.

Su rostro seguía sereno... demasiado. Eso fue lo que más me alarmó.

Como si el golpe no le hubiera dolido. Como si ya estuviera acostumbrado a perder.

—Sí... lo siento, mamá —dijo Thiago, con una voz vacía, casi mecánica, mientras bajaba la mirada al suelo—. Parecía un robot repitiendo una disculpa programada. Y su madre... su madre lo miraba como si quisiera estrangularlo con las palabras.

—¿Qué te faltó ahora? —preguntó, apretando los dientes. Intentó sonar calmada, pero fracasó. ¿¡No te dije que podíamos pagarle a alguien para que escribiera por ti!?



—SIEMPRE HE DECLAMADO CON UN ESCRITO MÍO... ¿POR QUÉ NO AHORA? —RESPONDIÓ ÉL, BAJITO, CON UN TONO TEMEROSO QUE JAMÁS LE HABÍA ESCUCHADO—. ALGO EN SU VOZ ME SACUDIÓ EL PECHO.

Esa frase me descolocó. ¿Escribir por él?

—¿Por qué te fiaste de uno de tus escritos?

¿Dónde estaba ese Thiago que tanto me gustaba provocar? ¿Dónde estaba el poeta rebelde, el que respondía con ironía y ardor? ¿Dónde estaba... él?

—¡Era importante, maldita sea! —gritó su madre, y volvió a golpearlo.

Él no se defendió. Solo giró el rostro por la fuerza del impacto, y esta vez le dio la espalda, llevándose una mano a la mejilla adolorida. Se quejó, en voz baja.

Fue entonces cuando me vio.

Nuestros ojos se cruzaron por un segundo. Y en ese instante lo supe todo.

Sus ojos —antes como dos universos profundos, intensos, llenos de furia contenida— estaban apagados, vacíos, pero al verme se iluminaron, solo por unos segundos.

Como si encontrarme ahí fuera el último verso que aún no se atrevía a escribir.

Avancé hacia él sin pensarlo. Ignoré los gritos de esa mujer que, a la distancia, solo repetía su nombre, exigiendo que volviera a verla. Pero yo no pensaba detenerme. No después de haber visto eso.

Cuando estuve lo suficientemente cerca, tomé su mano —fría, temblorosa— y sin darle tiempo de preguntar nada eché a correr casi arrastrándolo conmigo, con su cuerpo confundido siguiéndome por inercia.

Detrás de nosotros, los gritos de su madre se volvían un eco borroso. Todo se volvió pausado.

Como una escena en cámara lenta, vi a los profesores que me llamaban, pidiéndome que subiera a recibir mi premio. Vi sus rostros confundidos, sus gestos cortados en mitad del aire. Vi a los alumnos que se apartaban con pasos torpes, sorprendidos al ver a Thiago con la mejilla inflamada, con la rabia deshecha en los ojos.

Pero yo no paré.

Porque esa mano que sostenía no era solo de alguien herido. Era de alguien que, por una vez, necesitaba ser rescatado.

Y yo seré ese caballero que lo rescate, seré quien lo ayude a encontrarse de nuevo, a reconciliarse con su corazón y a perdonarse por completo. Haré que entienda que no está "roto", que sus pecados no pesan en mí, que todo está bien... porque cuando se mire en mis ojos no verá castigo sino consuelo; no verá culpa, sino esperanza. Esperanza de que esta vez pueda ser él mismo... y quedarse así para siempre.

> —Mírame bien, porque si en mis ojos ves tu castigo... es porque ya estoy condenado a ti. No sé cuándo ocurrió. Tal vez cuando intentabas ganarme, o cuando creí que te estaba derrotando, pero ahora lo sé, siento algo por ti. Algo que no se va con los aplausos ni con los premios. Algo que se queda, que duele, que arde. Y no quiero huir de eso. Si tú eres pecado, yo estoy dispuesto a arder contigo. Porque prefiero tu infierno a cualquier cielo sin ti.

"EL ECO DE UN CORAZÓN QUE NO ALCANZA".



Medias disparejas

Tábata

Autor:
Tábata

Carrera:
Comunicación audiovisual

Ilustración:
Andrea Celeste Motta Rocca

Carrera:
Diseño - CDIS



by merecía un premio por la forma en que se aguantó las ganas de llorar en aquel patio sucio del recreo. Caminó con la cabeza en alto, aunque las lágrimas le nublaban la vista, fingiendo que no le importaba, mientras se dirigía al baño de las niñas.



Intentó sonreír frente al espejo, solo para verse esa sonrisa chueca reflejada de vuelta y escuchar de nuevo la voz de Susana Bareto resonando en su cabeza:

—"Oe, ¿y para cuándo te arreglas esos dientes?".

Lo peor no fue que lo dijera en voz alta. Ni siquiera fue la pregunta en sí, ya le han hecho peores. Lo peor fue que, esta vez, Mara estaba ahí, a pocos pasos, mirando primero a Aby y luego bajando la vista, justo a aquello de lo que todos se burlaban.

El resto del día, Aby se dedicó a revivir ese momento. Una y otra vez, esquivando miradas y rogando por que la campana de salida la libere.

Cuando finalmente llegó a casa y su abuela le preguntó cómo había sido su día, estuvo a punto de romper en llanto. Casi, pero lo contuvo. Su abuela ya tenía suficientes preocupaciones, y ella no sería una más.

—Día normal, abue —mintió, caminando rápido hacia su cuarto.

Aby cerró la puerta y apoyó la frente en la madera, con el eco de la pregunta de Susana Bareto aún presente, golpeándole en la cabeza.

Se dejó caer sobre la cama sin desodenar el edredón. Sacó su celular y se miró en la cámara frontal: peinado intacto, uniforme sin arrugas, pero la sonrisa... esa sonrisa chueca que tanto se esforzaba en ocultar arruinaba todo.

Aby lanzó el celular al pie de la cama y cerró los ojos. Sabía que Mara había querido hablarle después de lo sucedido, la había visto de reojo acercarse, pero... fue ahí cuando escuchó un ruido dentro del armario. Un golpe seco, algo que se movía entre la ropa.

Aby se levantó de golpe, confundida. Se acercó despacio, conteniendo la respiración, y abrió las puertas de par en par.

Entre las pilas de ropa doblada y un cajón semiabierto con medias había un bulto pequeño cubierto con un gorro rojo, que se movía.

—¿Qué...?

El bulto se giró, revelando una criatura con la nariz larga y dos ojos enormes de color miel. Sus orejas puntiagudas temblaron de la impresión.

—¡Al fin! Te tomaste tu tiempo niña —dijo el ser, sacudiéndose el gorro y dejando ver su cabello blanco y despeinado.

Aby parpadeó, una, dos veces.

—¿Un duende...?

—¡Gerardo! —respondió él, orgulloso—. Gerard, para los amigos.

Ella lo miró, sin saber si gritar, reír o cerrar el armario y dormir hasta que todo pasara.

—Estoy soñando... ¿verdad? —preguntó.

HABÍA ESCAPADO. POR QUÉ, ¿QUÉ IBA A DECIRLE? ¿QUE LE GUSTABA? ¿CON ESOS DIENTES? LO PEOR QUE PODÍA IMAGINARSE ERA QUE MARA, QUE LE PARECÍA UNA DE LAS PERSONAS MÁS LINDAS DEL MUNDO, POR DENTRO Y POR FUERA, SE HUBIERA BURLADO DE ELLA TAMBIÉN. ESO NO LO HABRÍA SOPORTADO.

—Um... no. Qué sueño tan aburrido sería ese.

Gerard sacó una media azul con rayas amarillas y la olfateó con gesto de experto.

—¡Ah, esta servirá!

—¿Estás robándome medias? —dijo Aby, cruzándose de brazos.

—Es mi trabajo, niña. Necesito recolectarlas para mantener el equilibrio en el mundo de los duendes.

La miró con total seriedad y agregó:

—No te lo tomes personal.

ABY SOLTÓ UNA CARCAJADA, INCRÉDULA, Y SE TAPÓ LA BOCA DE INMEDIATO. GERARD ALZÓ UNA CEJA.

—¿POR QUÉ HACES ESO?

—¿QUÉ COSA? —MURMURÓ ABY, BAJANDO LA MANO.

—TAPARTE LA SONRISA.

—ESO, A TI QUÉ.

Gerard se encogió de hombros.

—Todo me importa, niña de dientes chuecos.

El comentario fue tan directo que Aby lo sintió como un baldazo de agua fría.



—No me llames así.

—¿Por qué no? No es un insulto. Es lo que eres. Y está bien.

Aby se dejó caer al suelo, cruzando las piernas mientras lo observaba detenidamente rebuscar entre sus medias.

—¿Por qué las medias disparejas son importantes? —preguntó Aby.

Gerard se detuvo, levantando una con un agujero en la punta.

—Son las que tienen más magia. Porque nadie las quiere. Todos las esconden o las botan. Dicen que no combinan, que se ven feas—, se encogió de hombros.

—Pero para mí, son las mejores. No fingen y eso las hace únicas.

Aby sintió que estaba perdiendo la cabeza. Esa respuesta era tan ridícula... y, aun así, sintió un nudo en la garganta.

—Qué tontería.

—¿Ah, sí? —Gerard sonrió de oreja a oreja, con sus dientes enormes y nada rectos.

—Te diré un secreto, Aby. A nosotros los duendes nos da igual con quién casarnos. Yo he tenido tres esposos y cinco esposas. Todos con dientes chuecos, orejas grandes, narices largas, colas... lo que sea (le guiñó un ojo). No nos preocupa encajar.

Aby bajó la mirada a sus manos.

—No es tan fácil.

—No. Pero tampoco es imposible.

Un silencio los envolvió mientras Gerard revisaba otra media, esta vez rosada con un estampado de conejos.

—Te gusta una niña, ¿verdad? —preguntó de pronto, sin mirarla, casual, como si no le hubiera hecho una de las preguntas más aterradoras de su vida.

Aby sintió que todo el aire se le iba.

—Yo... —cerró la boca, incapaz de decirlo.

—¿Qué? ¿Vas a seguir fingiendo toda la vida?

—Mi abuelita... ella quiere llegar a verme casada algún día. Con hijos. Es su sueño. No quiero decepcionarla.

Aby no sabía por qué le estaba contando todo esto al duende, pero sentía que era lo correcto, como si hubiera una magia en él que le hiciera querer soltar cada uno de sus sentimientos más confusos.

Gerard suspiró y tiró la media de vuelta al cajón.

—Las abuelas tienen sueños raros. Pero ¿vas a matarte fingiendo para cumplirlos?

—No entiendes. Ella es todo lo que tengo —dijo Aby, con voz pequeña.

Gerard se acercó y se plantó frente a ella. Como era pequeño, cuando Aby se sentó en el suelo, quedaron a la misma altura, cara a cara, con los ojos al mismo nivel.

—NO, NIÑA. TÚ NO ENTIENDES. ELLA TE AMA —DIJO, CON FIRMEZA. —PERO SI SIGUES FINGIENDO Y OCULTÁNDOTE ¿QUIÉN TE VA A CONOCER DE VERDAD?

ABY PARPADEÓ RÁPIDO PARA CONTENER LAS LÁGRIMAS.

—TENGO MIEDO.

—ESTÁ BIEN TENER MIEDO —DIJO GERARD, APOYANDO UNA DE SUS PEQUEÑAS MANOS EN LA RODILLA DE ABY .
—PERO NO ESTÁ BIEN DEJAR QUE EL MIEDO DECIDA POR TI.

ABY BAJÓ LA MIRADA, SINTIENDO CÓMO EL NUDO EN SU GARGANTA SE HACÍA MÁS GRANDE, TAN GRANDE QUE DOLÍA. TRATÓ DE TRAGARLO COMO SIEMPRE, DE EMPUJARLO BIEN AL FONDO, PERO ESTA VEZ NO PUDO. UNA LÁGRIMA SE LE ESCAPÓ, Y LUEGO OTRA, Y ANTES DE DARSE CUENTA ESTABA LLORANDO DE VERDAD.

Gerard se quedó ahí, sin decir nada más, aún con la mano en su rodilla, dándole palmaditas reconfortantes y dejando que llore.

Cuando las lágrimas empezaron a calmarse, Aby respiró de manera entrecortada y se limpió la cara con la manga de su uniforme.

Gerard le dedicó una pequeña sonrisa, y volvió donde había dejado las medias elegidas, tomándolas bajo su brazo.

—Te haré un trato. Me dejas llevarme estas y yo te dejo algo a cambio.

—¿Qué cosa?

—Una media especial. De las que nadie quiere. Para que recuerdes que ser diferente es lo que te hace única.

—No quiero ser "única". Quiero ser normal.

—Eso no existe, mi querida Aby. Y se te irá la vida intentado serlo.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó, entonces.

Gerard suspiró, bajando la vista a las medias que había recogido, antes de mirarla de nuevo.

—Porque sí, es mi trabajo llevarme las medias disparejas... —dijo, sacudiendo las medias bajo su brazo con un gesto exagerado—, pero también porque a veces, mi trabajo me lleva con quienes más las necesitan.

Y con un chasquido, Gerard desapareció, dejando en su lugar una media verde con pequeños duendecitos bailando, claramente de la talla incorrecta y con un parche mal cosido.

Aby se quedó sola en la habitación, con la media siendo la única prueba de que todo no fue un producto de su imaginación. La tomó en sus manos y se miró al espejo.

Se obligó a sonreír. Grande. Sin taparse.

Era imperfecta. Y estaba bien.

Su celular vibró en la cama. Aby miró el mensaje, con la media dispareja aún en la mano, y su corazón dio un vuelco. Era Mara.

—¿Estás bien? Quería hablar contigo hoy —Aby respiró hondo.

—Sí, estoy bien. ¿Podemos hablar mañana?

Presionó "enviar" antes de perder el valor, dejando el celular a un lado. Se miró otra vez en el espejo, con sus dientes chuecos y sus ojos hinchados de tanto llorar.

Pensó en las palabras de Gerard y en que le habían dado coraje. Sabía que esto no era algo que se solucionaría de la noche a la mañana, pero podía aprender a aceptarse paso a paso, día a día, y todo estaría mejor.

Con la expectativa de hablar con la chica que le gustaba, la seguridad de que su abuela siempre estaría con ella si tan solo se lo permitía y la posibilidad de ser más honesta consigo misma, más "ella", Aby sonrió.


I
love
myself

Más que un selfie

Nanda

Mamá me contó que el día que me tuvo entre sus brazos, pensó: "Tengo a la estrella más hermosa".

Mucho tiempo lo sentí así, soy la estrella más hermosa, me decía cuando estaba sola en mi habitación, mirándome al espejo.

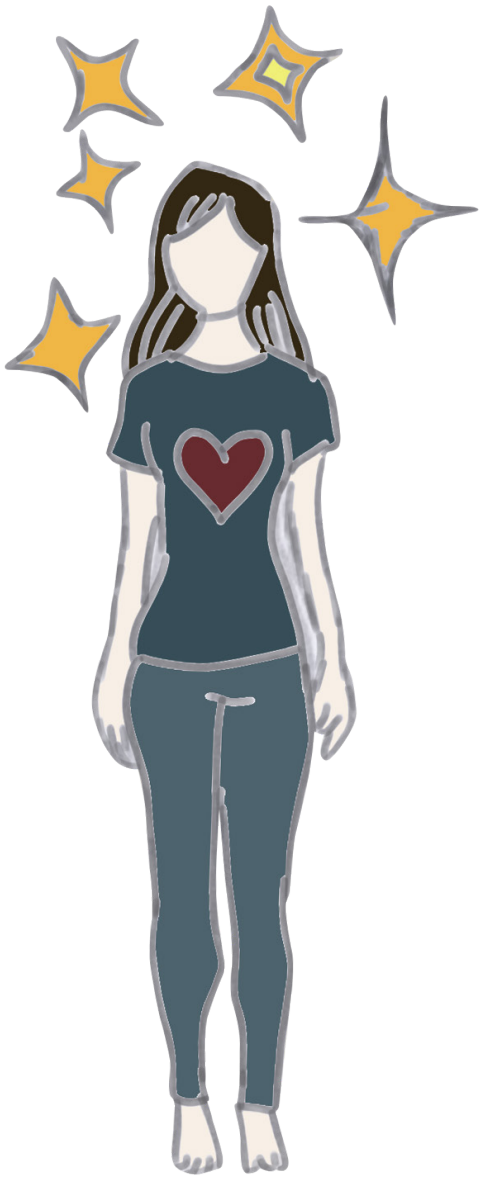
Durante mi adolescencia, me repitieron en muchas oportunidades que la belleza me abriría las puertas del mundo.

Autor:
Nanda

Carrera:
Comunicación Audiovisual

Ilustración:
Rocío Angie Ventura Alcantara

Carrera:
Diseño - CDIS



Durante mi adolescencia, me repitieron en muchas oportunidades que la belleza me abriría las puertas del mundo. Y cuando mamá les daba consejos por teléfono a sus amigas siempre les decía: “Si ella es más inteligente, entonces tú debes ser más bella”. Esa frase nunca fue para mí, pero la tomé para hacerla mía.

Fue una buena época de mi vida, hasta que de pronto empecé a sentirme extraña. La seguridad que me acompañaba se vio atacada un par de veces. Alguien me hizo preguntas sobre mi estatura, que para mí jamás fue un problema. Luego llegaron algunas comparaciones entre mi cuerpo de gimnasia y las curvas de mi mejor amiga.

En las fiestas familiares veía a mis primas crecer... y también me parecieron estrellas muy hermosas. Empecé a analizar si yo realmente merecía un lugar entre ellas.

La primera vez que un chico me rechazó no me sentí ni la estrella más hermosa ni la más brillante, porque tropecé frente a él ese mismo día, dos veces.

HASTA QUE UN DÍA LO ENTENDÍ: ***TAL VEZ YO NO ERA TAN HERMOSA NI ESPECIAL COMO MAMÁ ME HIZO CREER.*** *MIS PASADORES USUALMENTE ESTABAN DESAMARRADOS, MI CABELLO NO ERA NI LACIO NI ONDULADO, TAMPOCO TENÍA LA NARIZ RESPINGADA, Y MIS PECHOS NUNCA IMPRESIONARON A NADIE.*

Recuerdo que, un día, un amigo de mi hermano quiso hacerme un cumplido y dijo que soy una belleza diferente: "Tana, tú no eres como las chicas de Instagram, pero tienes algo". Enseguida me pregunté: "¿Qué es tener algo? ¿Algo en dónde?".

Me quedé con esa duda mucho tiempo hasta que lo supe. Pude ver qué era ese "algo"...

Algo en mi ojos, que brillan cuando hablo de lo feliz que me hace escribir...

Algo en mis brazos que se han dedicado a abrazarme cada vez que siento que no merezco ser vista o reconocida...

Algo en mis labios que, aunque delgados y pequeños, sirvieron la vez que alcé mi voz para ser escuchada.

Algo en mis manos, que ayudaron a calmar la ansiedad de mi madre con contacto físico...

Algo en mi corazón, que late tan fuerte para recordarme que estoy viva y que tengo millones de "algo" que celebrar todos los días...

No soy una cáscara ni crecí en un molde, soy más de lo que ves, incluso, más de lo que yo alcanzo a ver, pero lo estoy descubriendo, y, eso, ya es ALGO.



Vestido azul

Bereshit

Era sábado, ibas bien vestido, camisa y pantalón planchado, zapatos lustrados, como si fueras a una reunión importante. Yo llevaba puesto el vestido azul cielo que me regalaste en mi séptimo cumpleaños. Me sentía muy guapa con el ordinario peinado que te esforzaste en hacerme. Sí, los zapatos me apretaban, pero no importaba, tampoco quería decirte. Quería aprovechar todo mi tiempo contigo.

Autor:
Bereshit

Carrera:
Publicidad y Medios Digitales

Ilustración:
Lucy Valeria Caycho Maldonado

Carrera:
Diseño - CDIS



Cuando te separaste de mamá, los fines de semana se volvieron especiales porque me los dedicabas a mí. Me dijiste:

> —No importa cómo te vistas todos los días, pero los sábados, cuando vengas a la casa de Dios, tienes que estar impecable.

Lo miré y asentí como si tuviera la verdad y la razón de todo, aunque muchas veces no entendía nada de lo que decía. Nunca dudé de papá. Todo era como él decía. Al llegar a la iglesia no iba a jugar con todos los niños, prefería quedarme sentada a su lado escuchando al pastor. Los sábados eran, por mucho, mis días favoritos. Despertar, arreglarme, escucharlo cantar canciones de José Luis Perales de camino a la iglesia, comprar el almuerzo del día, ver a Cantinflas. Trataba de entender sus bromas y risa descontrolada.

> —Lo gracioso de Cantinflas es su manera despreocupada de ver la vida, hija. Toma, te traje chocolate caliente. Sopla, que te puedes quemar.

Ahora me da un poco de risa pensar en aquella rutina de los sábados. Un año por lo general tiene 52 sábados, más de lo que duró la mejor rutina de mi vida. Te fuiste, como muchas veces, sin decirme nada. Esta vez era definitiva. Los sábados dejaron de ser mis días favoritos.

Desde entonces fui por mi cuenta a iglesias católicas, mormonas, evangélicas, aprendí sobre los musulmanes y también sobre los judíos, pero nunca volví a sentir esa tranquilidad y felicidad de los sábados. Aunque busqué y busqué, terminé sumergida en una especie de hoyo negro. Por más que corrí, no pude huir de aquel espantoso sentimiento de soledad y abandono, entonces terminaba

AUNQUE BUSQUÉ Y BUSQUÉ, TERMINÉ SUMERGIDA EN UNA ESPECIE DE HOYO NEGRO, ***POR MÁS QUE CORRÍ, NO PUDE HUIR DE AQUEL ESPANTOSO SENTIMIENTO DE SOLEDAD Y ABANDONO****, TERMINABA ATRAPADA EN ÉL, ME ABRAZABA FUERTE, TAN FUERTE QUE MUCHAS VECES ME ARREBATABA EL AIRE Y ME DEJABA SIENDO UN NUDO DE PERSONA.*

atrapada en él, me abrazaba fuerte, tan fuerte que muchas veces me arrebataba el aire, y me dejaba siendo un nudo de persona. Yo no quería ser Jenny de Toy Story 2, pero cada vez que cerraba los ojos terminaba convirtiéndome en aquella vaquerita de juguete, empolvada y olvidada debajo de la cama de Emily. Tenía 13 años y ninguna respuesta. Lo que sí tenía era mucha rabia y demasiada tristeza.

Estuve brava con el mundo por mucho tiempo, pero encontré una manera fácil y económica de escapar de toda esa ira. A los 16 años ya escondía botellas vacías de vodka barato en mi armario. Todos los días, después del colegio, mi cuarto se convertía en un punto de encuentro. Licor, música, amigas y muchas risas. Mi nueva rutina.

PAPÁ VOLVIÓ ANTES DE ACABAR EL COLEGIO, QUERÍA CREAR UN VÍNCULO OTRA VEZ, PERO YO YA ESTABA OCUPADA. NO TENÍA TIEMPO NI GANAS DE HABLAR CON ÉL. SU RISA ME FASTIDIABA Y YA NO AGUANTABA SUS BROMAS DESUBICADAS. NO LO NECESITABA. YA NO TENÍA 7 AÑOS Y ODIABA A CANTINFLAS.

No necesitaba de nadie. El licor era mi única relación estable. Una noche, mamá me encontró encerrada en el baño. Yo estaba dormida, abrazada al inodoro. La escuchaba como un eco, me castigaba gritando y amenazaba con quitarme la mesada de un mes. Yo me esforzaba por abrir los ojos, la boca, quería decirle que me encontraba bien, pero no pude. Tampoco pude abrazarla. No tenía control de mi cuerpo. Cuando encontró las dos botellas de vino que me había tomado de golpe, le gritó a su novio:

—¡Darío, ven a ayudarme, la niña no responde!

Pobre mamá, seguro que no fue una buena imagen, pero eso solo era el inicio. Además de tomar, empecé a fumar junto a mis amigas. Las mujeres tenemos mucha ventaja a la hora de conseguir lo que queremos con solo miradas y sonrisas. Yo no. A mis amigas les vendían de todo, aunque estuviesen uniformadas. A mí no. Después de la graduación se me hizo difícil conseguir licor. Yo no tenía la habilidad ni la seguridad de mis amigas, era muy tímida para mirar a cualquier persona directamente a los ojos. Entonces, se me ocurrió hacer reuniones y encuentros en casa, y así el licor nunca faltó.

Al cumplir 18 dejé de responder los mensajes esporádicos que me enviaba papá. No hice más reuniones. Dejé de hablar con mis amigas del colegio. Además, dejé la universidad sin decirle a nadie. No comía. Mi mamá y su querido novio, Darío, estaban muy ocupados con sus vidas para prestarme atención. No se daban cuenta de nada.

Para mi cumpleaños 21 me compré un vestido azul. Llegando a casa me lo puse, me peiné y miré al espejo, ¿quién era esa persona frente a mí? Sonreí apenada y vi que a la imagen del espejo le faltaba un diente. Lloré mientras recordaba que había perdido un diente hace un mes, cuando caí de boca por las escaleras. Adiós diente. Ya no quería sonreír. Perdí el control. Por más vestidos que me probara jamás volvería a ser la niña de 7 años.




HOME
2025

Es más que un selfie

Árthia

Autor:
Árthia

Carrera:
Animación Digital y Diseño 3D

Ilustración:
Maria Isabel Bobadilla Vizcardo

Carrera:
Diseño - CDIS

Bueno, al menos salí decente —dije, mientras observaba la foto que me habían sacado en el estudio—. Espero que esta vez sí las acepten, porque no quiero volver a perder el tiempo en estas cosas.



Como una estudiante promedio que había concluido satisfactoriamente sus estudios superiores quería sacar mi título lo más pronto posible, pero las fotografías que me había tomado antes parecían no ser "aptas" para iniciar el trámite, lo que significaba tomar otras de nuevo. Claro, también fue un golpe letal para mi ego y autoestima, sin mencionar que solo era la punta del *iceberg*.

Mientras me dirigía al centro de estudios para dejar todo lo que me pidieron, pensaba en lo mucho que siempre me disgustó mi cara, bueno, no solo mi cara... ¡todo mi cuerpo!

Honestamente, me gustaría culpar a alguien de mi autodesprecio, pero no hay nada, ni una persona, palabra o momento específico. Siempre me sentí muy querida por mis padres a través de sus palabras y acciones, mis amistades eran sanas e, incluso, llegué a recibí halagos de algunos chicos. Entonces, ¿por qué? ¿Cuál es el problema? ¿Soy yo el problema? ¿Debería sentirme culpable por tener tantos complejos cuando las personas más importantes para mí se encargaron de fortalecer mi desarrollo emocional en la etapa más importante de mi vida? Se supone que debería ser más segura en respuesta a todo el esfuerzo que pusieron, pero en realidad critico cada detalle siempre que me miro al espejo.

—Buenas tardes, ¿va al área de estudiantes o desea solicitar información?—, dijo el guardia de seguridad al frente de la entrada.

—Buenas tardes, soy estudiante —reaccioné de repente, dándome cuenta de que mis pies me guiaron hasta la puerta sin problemas; la costumbre, probablemente.

—De acuerdo, pase —dijo, amablemente, y se apartó para dejarme entrar a mi destino.

Una vez allí, olvidé lo que venía pensando y me concentré únicamente en entregar mis papeles. Cuando fue mi turno, los minutos se hacían infernalmente largos por la mirada cuidadosa de la asesora sobre mi cara impresa. Por fin respiré al escuchar el: "están bien", que tanto esperaba. Sentí un gran alivio, como si me hubieran ampliado el tiempo de entregar una tarea o examen, como si un profesor hubiera faltado el día de exposición o como si me hubieran entregado automáticamente el dichoso título sin algún trámite de por medio. Así me sentí.

Al salir, estaba más pensativa por el tiempo que demorarían, ir a recogerlo nuevamente y si tendría algo más pendiente. Sin embargo, ya era un muy buen acercamiento a mi futura vida laboral, lo cual es otro tema, pero que, en síntesis, es mediocre. En otras palabras, tengo experiencia pero no es suficiente.

DE CAMINO A CASA, VOLVÍ AL TEMA DE MI VICTIMIZACIÓN. LA LLAMÉ ASÍ PORQUE NO LE HALLABA RAZÓN DE SER A MI ESTIMA INFRAVALORADA. EL MICRO PARECÍA SER UN BUEN LUGAR PARA DISOCIARME, ASÍ QUE, MUY COMPROMETIDA CON LA CAUSA, ME ADENTRÉ EN OTRO PENSAMIENTO.

Se sabe que muchos famosos lo tienen todo, todo lo que una persona corriente anhela, y también se sabe que muchos de ellos llegan a cierto punto de miseria emocional. El discurso de la idealización, humanización y sufrimiento lo tengo muy claro. Pero viendo el lado racional, por así decirlo, ¿quién sufre teniéndolo todo? ¿Acaso ellos buscan deprimirse a propósito ante el ojo público porque es lo que vende? O quizás..., ¿todo es nada? ¿¡El éxito público es directamente proporcional con el autopercibido fracaso personal!?... Espera, ¿qué tiene que...? ¿Cómo llegué a...?

—PÍÍÍÍÍ —LOS "AGRADABLES" SONIDOS DEL, "PARA NADA" INSOPORTABLE TRÁFICO ME VOLVIÓ EN MÍ, Y CON ESO ME REFIERO AL PUNTO CENTRAL.

Al parecer, haber pasado por cosas buenas y haberlo tenido todo para una autoestima estable hace que ahora todo eso no signifique nada y me vea de la forma en que me veo, ¿no? No, no tiene sentido. Una cosa son teorías conspirativas y otra mis problemas existenciales. Algo tuvo que haber resonado en mí como para haber llegado a mi situación actual, y, obviamente, no es para responsabilizar a alguien, sino entender el porqué.

Al llegar a casa, y con un tiempo de ocio bastante inexacto, entré, una por una, a mis redes. Mientras *scrolleaba* los *reels* y *posts*, veía muchas chicas preciosas, entre ellas bailarinas, modelos, *influencers*, artistas, cantantes y diseñadoras de modas. Mi *feed*, en general, es variado, pero tengo la tendencia de consumir



más contenido de mujeres, evidentemente. Las publicaciones que más me llamaban la atención me llevaban al perfil de ellas. Tan perfectas, atrevidas, únicas y, en ocasiones, cómicas. Esto me recordó que mi perfil personal tenía una foto tipo *collage* de pinturas, mientras que mi cuenta pública, dedicada a la ilustración y el logo de mi marca, ya no era llamativa, ahora que la veía. Una para mis amistades o familiares y otra para atraer la posibilidad de vivir del arte.

Inevitablemente, me puse a comparar mi cuenta con las de las chicas que había visto anteriormente, luego mi vida y después mi físico. Es normal, ¿verdad?. Ellas son figuras públicas y usan su imagen para trabajar. Lógicamente, no está mal, pero como que algo no cuadra o yo no estoy en el cuadro, no sé.

Siempre fui reservada con mis asuntos, por eso mi cuenta personal era privada, pero... ¿mi cuenta pública? En un inicio, el anonimato me encantaba, ¿quién estará detrás de esas obras de arte?, el mismo morbo por lo desconocido me fascinaba, aún me gusta, solo que, según los especialistas del *marketing* y artistas ya conocidos, también debo "vender mi cara" para potenciar mi cuenta. O sea, es más que un *selfie* para el perfil o *posts*, es más que un video para redes. De mi rostro no deseado depende la cantidad de *likes* por publicación, la cantidad de comisiones, la cantidad de patrocinadores que sueño tener y, claro, la cantidad de seguidores. Sueno muy extremista y exagerada, pero si lo vemos bien, mi trabajo ideal también depende de lo que más aborrezco.

Es más que un selfie

Árthia



A todo esto, por lógica, no encajo en el ideal de belleza. No soy alta ni blanca, no tengo un rostro ovalado, labios carnosos, perfil simétrico y proporcional, menos un cuello esbelto con clavícula marcada. No tengo el cuerpo ideal a pesar de hacer actividad física, no tengo músculos marcados, mis medidas no son atractivas, mi cabello no es nada glamuroso, ni con tratamientos; incluso mi voz da sueño y es poco audible. Podría seguir con lo que sí soy y sí tengo, no obstante, sonaría igual o más apesadumbrada, es decir, daría más pena. No es mi intención en realidad, solo es una descripción visual. ¿Puede ser deprimente? Sí. ¿Dar *cringe*? También, ¿lástima y *cringe* al mismo tiempo? De seguro. ¿Necesito terapia? Por supuesto. Aunque lo más grave aquí, es que alguien se identifique.

No estoy segura de si le pasa igual a un chico, pero cuando quiero actualizar mis fotos de perfil puedo llegar a los 100 intentos y apenas subir una o, en la mayoría de los casos, ninguna. De nuevo, es más que un *selfie*, es la forma en la que otros me verán. Alguna vez escuché que a todos nos gusta recibir atención y no es algo malo, de hecho, pienso que puede aumentar el a-u-t-o-e-s-t-i-m-a, y sí, deletreado de esta forma para que quede más claro, por si no lo estaba ya. Como decía, una simple foto, así como una pieza gráfica, puede decir más de lo que pensamos, y los expertos en diseño gráfico lo saben. Pueden llegar a comunicar muchas cosas, y por eso mismo es que mantengo el anonimato, porque no sé qué es lo que se percibirá de mi cara o si esa percepción será positiva o negativa. Parece algo superficial y ya, pero es importante, de lo contrario no tendría esta conversación conmigo misma y quizás alguien más por allí.

Como se esperaba, mi tiempo de ocio se extendió más de lo normal entre el ir y venir de perfiles atractivos y, me atrevería a decir, icónicos. Es adictivo, ¿verdad?

VER MÁS DE AQUELLO A LO QUE ASPIRO, PERO NO TENGO; DE AQUELLO QUE DESEO, PERO NO HAGO ALGO AL RESPECTO PARA OBTENER, O, EN LAS OCASIONES MÁS FRUSTRANTES, HICE PERO NO FUNCIONÓ. MILES DE VARIANTES CAPACES DE SURGIR EN EL CAMINO HACIA EL ÉXITO DIGITAL. ***NUEVAMENTE, ME FUI POR LAS RAMAS, DIVAGAR TANTO DEBERÍA SER ILEGAL, SIENTO.***

Como sea, todos sabemos que hay cosas muy importantes más allá de la virtualidad, el problema es que ella está más acá que allá, tan presente y tangible.

—¿A qué hora vas a dormir? —dijo mi mamá, abriendo la puerta de mi habitación repentinamente.

—En unos minutos, ma, no te preocupes —dije, tratando de sonar pacífica y convincente para conseguir tiempo extra en mi ambiciosa meditación sobre lo digital, la estima propia y otras cosas que surjan de momento.

—Okey, pero no te desveles y descansa. Se fue, cerrando la puerta, al mismo tiempo que me daba vuelta en mi cama.



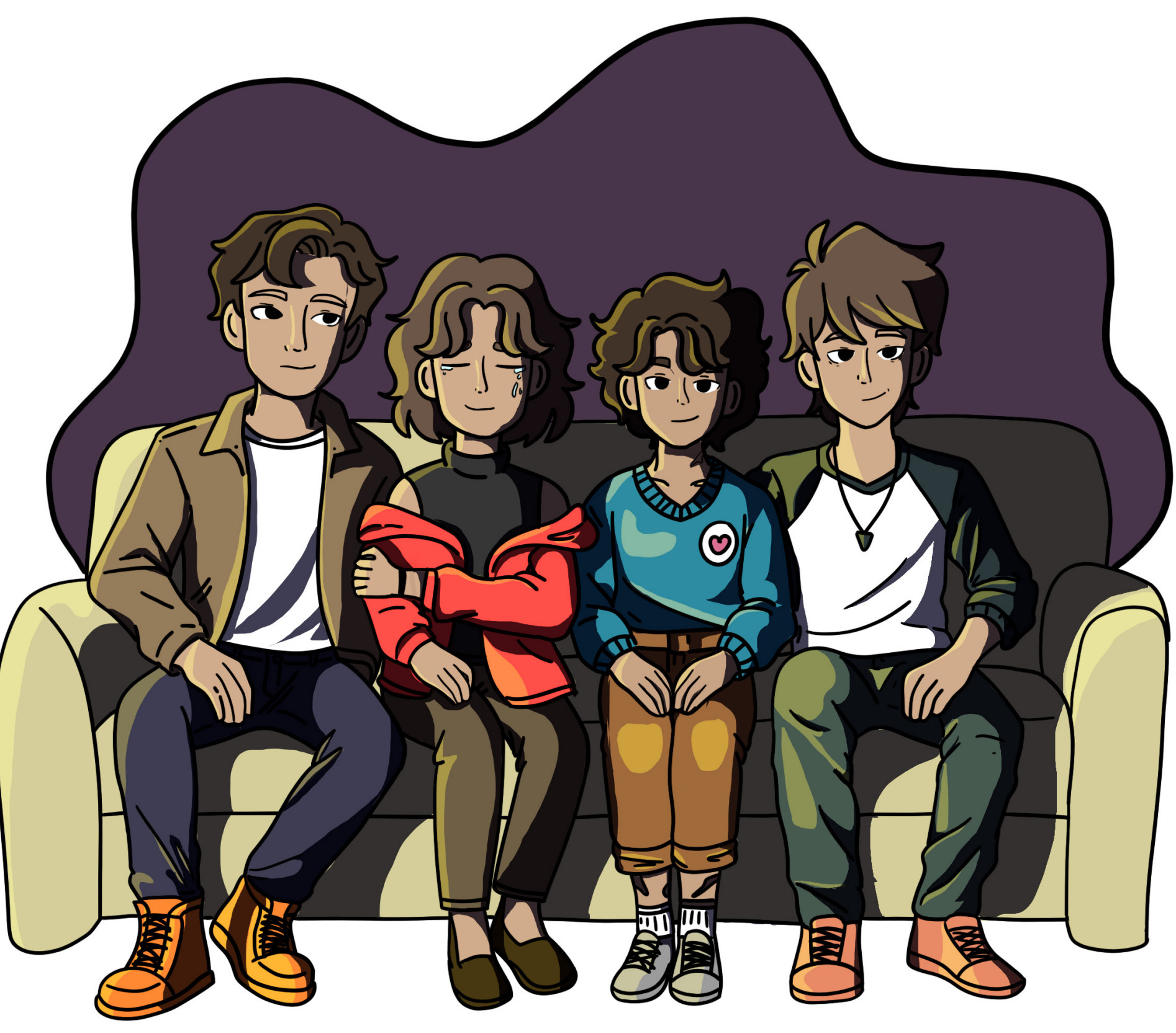
De pronto, me puse a pensar de nuevo en las cuentas de aquellas chicas y me hice la pregunta: ¿ellas se sentirán igual que yo? No pude evitar recordar todos los *podcasts* y cuentas que promueven el amor propio y lo mal que muchas mujeres conocidas la pasaron al iniciarse en el mundo de la farándula moderna u otra área que involucre su imagen. Incluso, viendo las cuentas artísticas que aún sigo, los mismos creadores admitieron en algún momento lo difícil que es hacerse conocidos y encontrar aquello que los diferencien, más allá de sus propias fotos de perfil o físico. Lanzándome aun más lejos, con la esperanza de "dármelas", los mismos artistas que sigo hace años, tanto los que se dedicaron a la pintura, dibujo y esculturas, como los que van más por el lado de la música o actuación, siempre fueron criticados por la primera impresión que daban al saltar a la fama y estando en medio de ella.

Fue allí donde algo más me hizo clic. ¿Y si en realidad le tengo más miedo a la crítica que a lo que veo en el espejo? Hasta el momento era lo más profundo que me había preguntado en toda mi vida, y seguí sacando conclusiones cada vez más conmovedoras para mi sentir.

Si la crítica es lo que más temo, eso explicaría el otro temor al subir un *selfie*, video, *post*, historia o cualquier otra cosa de forma pública o incluso privada. Me importa más lo otros piensen de mí, más de lo que me imaginaba. Me aterra no ser encontrada atractiva, interesante, divertida y creativa como lo son otras personas, cuando lo que les da ese valor es la gran diferencia que hay entre sí. Nunca me senté a pensar en lo diametralmente diferente que son entre ellas las cuentas y personas que sigo; allí está lo atractivo, interesante, divertido y creativo. Puede que ser fea, o percibirme de esa forma, sea lo que me haga diferente. No para dar pena o vivir con pesimismo sino con la aceptación de que no está mal. Porque si me voy de nuevo a lo racional, cualquiera que no entre en el ideal máximo y mínimo de belleza queda fuera y tachado como "fea" o "feo". Así se va ingresando al grupo al que pertenezco, esto significa que aun entre los "feos" hay chance de destacar con algo más "feo", inesperado y, exagerando las cosas, vanguardista.

¡Me encantó lo liberador que se oyó en mi cabeza! Saber que soy más que un *selfie* tomó forma de lágrimas, llenando aquel rostro que tanto había maltratado, maldecido, insultado y golpeado.

—PERDÓN, PERDÓN, PERDÓN. NO TE MERECÍAS NADA DE ESO, TIENES MÁS VALOR DEL QUE PUEDO VER. Y TÚ —ME ACURRUQUÉ, ABRAZANDO MIS RODILLAS— ERES TAN ÚNICA, ÚTIL Y FUERTE... LAMENTO MUCHO TODO LO QUE TE HICE, PERDÓN, —SUSURRÉ EN EL SILENCIO DE MI HABITACIÓN.



Una noche de amigos

Gimena

28 de diciembre de 2022

La luna iluminaba la sala de Lucas, donde tres chicos estaban tirados entre sillones y el suelo. Un televisor gigante proyectaba imágenes que ninguno miraba realmente, mientras restos de comida chatarra quedaban esparcidos por todas partes. Gracie estaba recostada en el regazo de Taylor, quien le acariciaba el cabello con una mano mientras que con la otra respondía mensajes en su celular.

Autor:
Gimena

Carrera:
Comunicación Audiovisual

Ilustración:
Johanna Brigitte Lara Valladolid

Carrera:
Diseño - CDIS

Una noche de amigos

Gimena



Gracie estaba recostada en el regazo de Taylor, quien le acariciaba el cabello con una mano mientras que con la otra respondía mensajes en su celular. Eran la típica pareja adolescente que todos en el salón miraban y admiraban en los pasillos, como Gabriella y Troy, en High School Musical. A ella le encantaban las redes sociales y, sobre todo, subir lo que creía que podía conseguir muchas visualizaciones: *selfies* cuidados, videos perfectamente editados, una vida que parecía de ensueño.

Después de pasar un buen rato en el regazo de Taylor, Gracie se acercó a Anna, que miraba su celular con concentración: estaba leyendo un *fanfic* de *Crepúsculo* con un final alternativo. Gracie se agachó junto a ella y tomó la caja de pizza que estaba a su lado.

> —¿Otra vez leyendo cómo Bella se queda con Alice y tienen hijitos? —dijo Gracie, haciéndole cosquillas en la barriga plana a aquella chica pálida.

Anna se rió ante las cosquillas y el chiste poco creativo. Empezaron a molestarse mutuamente con recuerdos vergonzosos, como aquella vez que Gracie encontró a Anna leyendo por primera vez un *fanfic* con escenas subidas de tono. Lo que más recuerda su amiga de cabello ondulado es que lo leyó en voz alta, quedando traumada por ello. Al sacar ese tema a relucir, Anna no tardó en vengarse y hacerla recordar aquella vez que la vio besarse con el espejo, solo para practicar "cómo besar", algo que fue tan gracioso para la pequeña Anna como vergonzoso para Gracie.

MIENTRAS ELLAS SEGUÍAN EN SU MUNDO, TAYLOR, EN CAMBIO, SEGUÍA MIRANDO EL CELULAR, RIÉNDOSE DE LAS OCURRENCIAS DE SU NOVIA Y DE SU AMIGA ANNA. SIN EMBARGO, ESA SONRISA FUE FUGAZ, PORQUE RECIBIÓ UNA IMAGEN DE SU PADRE JUNTO A UNA JOVEN. TENSÓ LA MANDÍBULA Y AGARRÓ CON FUERZA EL CELULAR, AL PUNTO DE CASI DESTROZARLO. NO COMPRENDÍA A SU PADRE. SU MADRE TENÍA CÁNCER Y ÉL ESTABA CON UNA CHICA VEINTE AÑOS MÁS JOVEN. LO QUE MÁS LE DOLIÓ FUE SABER EXACTAMENTE DE QUIÉN SE TRATABA.

Justo en ese momento, entró Lucas con dos botellas de vino —de las más caras—, un cigarrillo entre los labios y con una sonrisa radiante. Sus padres eran actores reconocidos y casi siempre estaban fuera de casa, como los padres de cada adolescente en esa sala. Además, todos allí sabían que Lucas era "camello"; tenía sus cosas, pero nadie se lo reprochaba, porque cada uno llevaba su propia carga. ¿Quiénes eran ellos para juzgarlo?

Anna y Gracie se tambalearon desde sus sitios y gritaron emocionadas por lo que su amigo traía en las manos, mientras Taylor fingía que nada pasaba y se unía a ellas. Lucas abrió la botella y derramó un poco del vino encima de sus amigos, entre risas y salpicaduras. Finalmente, todos se sentaron juntos en el piso.

Gracie se encaminó hacia el sillón donde había dejado su celular. Tragó saliva al ver diez llamadas perdidas y un mensaje amenazante de su madre que decía: "Espero que te hayas quedado ensayando hasta las ocho, como te dije. La otra semana es la semifinal y tus saltos son una vergüenza. Mañana vuelvo a las siete de la mañana y espero verte en la sala de patinaje dando saltos perfectos. Si no, atente a las consecuencias". Lo borró tan rápido como pudo y, tratando de evadir el miedo que le dejó, sonrió, más para sí misma, y volvió con sus amigos.

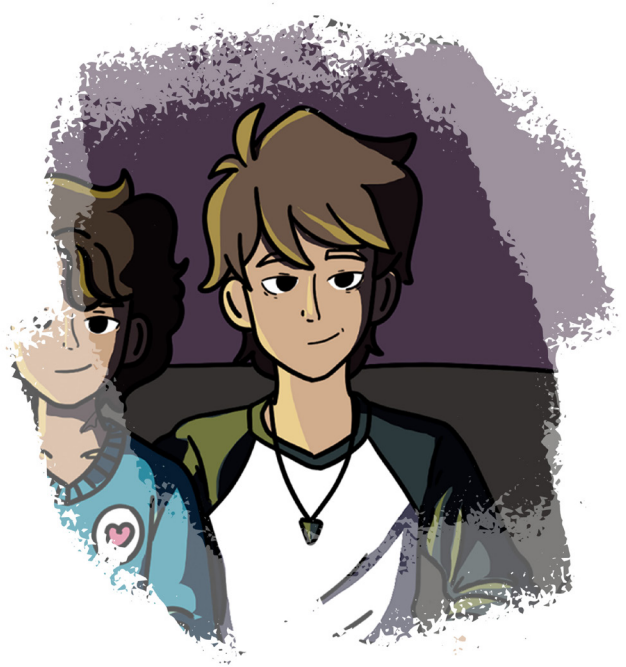
—Antes de empezar a tomar como descontrolados, hay que hacernos un *selfie* —dijo, acomodándose entre las piernas de Taylor, mientras Lucas se colocaba al lado de Anna. Digan "whisky".

—¡Whisky! —gritaron todos al unísono. Lucas hacía caras raras que le sacaban una sonrisa a Anna; Gracie sacaba su mejor perfil, y Taylor solo alzaba el pulgar.

Gracie repitió como tres veces la misma foto porque no encontraba su ángulo, hasta que una de ellas salió como quería y la subió de inmediato a su historia.

Después de terminarse una botella y media entre todos, Anna acabó haciéndole trencitas a Lucas, mientras Taylor se había quedado esperando a que Gracie regresara del baño. Lucas encendió la cámara de su celular para ver cómo iba quedando su peinado, tomó algunas fotos y le decía cosas al oído a Anna, que la hacían reír y terminar pellizcándole el hombro.

Cuando finalmente quedaron los cuatro echados en el piso, con la media botella que quedaba a un lado y sin que ninguno dijera nada, Anna rompió el silencio proponiendo que jugaran verdad o reto entre ellos. Ninguno se opuso y todos aceptaron su idea. Lucas puso la botella en medio de ellos, que estaban sentados en círculo, mientras Gracie explicaba que la parte de la boca de la botella mandaba.



PRESTARON ATENCIÓN A CADA MOVIMIENTO DE LA BOTELLA; POR ALGUNA RAZÓN, SENTÍAN SUS CORAZONES PALPITAR MÁS RÁPIDO MIENTRAS LA VEÍAN GIRAR CON FUERZA SOBRE EL PISO, MOVIÉNDOSE RÁPIDO DE UN LADO A OTRO ANTES DE IRSE DETENIENDO POCO A POCO.

LA PRIMERA "VÍCTIMA" FUE ANNA; RODÓ LOS OJOS Y DEJÓ ESCAPAR UN QUEJIDO.

—Bueno, pequeña Anna, ¿verdad o reto? —preguntó Lucas, entusiasmado y ya pensando en la respuesta de la chica que tenía a su lado.

—Reto.

Por un momento, el grupo se quedó en silencio, conteniendo la risa y mirándose entre ellos. Lucas la miró y le dedicó una sonrisa maliciosa antes de hablar.

—Te reto a que te lances a la piscina sin ropa.

—¿Estás de broma, no?

—Reto es reto.

Anna aceptó lanzarse desnuda a la piscina. Corrió, se desvistió y saltó entre risas. Salió temblando.

DESPUÉS DE UNOS CUANTOS RETOS VERGONZOSOS Y VERDADES INESPERADAS, TAYLOR VOLVIÓ A GIRAR LA BOTELLA. CUANDO ESTA SE DETUVO, TODOS VIERON QUE APUNTABA HACIA GRACIE.

Anna fue quien le preguntó, y ella, sin mucho interés, respondió “verdad”.

Taylor notó que Gracie revisaba el celular una y otra vez, se tocaba el brazo de manera casi automática y, sobre todo, en el último mes cojeaba ligeramente de un pie. Era algo que él había tratado de no preguntar, por respeto o por miedo a la respuesta. Pero al verla tan vulnerable, y tal vez por el efecto del alcohol, que empezaba a soltarle la lengua, Taylor respiró hondo y se atrevió a preguntar:

—¿Por qué cojeas de un pie?

—¿Qué? —respondió ella, intentando fingir sorpresa.

—Te he visto este mes... cojeas y entrenas todo el día.

—Yo... —empezó a decir Gracie, bajando la mirada.

Al ver que iba a mentir, Taylor dio un trago a su bebida y la miró fijamente.

—Tienes que decir la verdad.

Gracie tragó saliva. Se notaba que le costaba hasta respirar. Finalmente, bajó la voz y confesó todo: habló de cómo su madre la presionaba sin descanso, de lo mucho que le exigía ser perfecta sobre el hielo. Les contó que, hacía tres semanas, mientras practicaba un salto de cuatro giros, se torció el tobillo y sufrió un esguince. Su madre se enfadó tanto que, aunque terminó llevándola al doctor, apenas escuchó cuando le dijeron que debía descansar un mes. Pero Gracie no podía parar: la competencia estaba cerca, y su madre estaba más furiosa que nunca.



Con la mirada baja, admitió algo que hasta ese momento no se había atrevido a decir en voz alta: se dopaba para soportar el dolor y seguir entrenando, aunque cada día el tobillo le dolía más cuando pasaba el efecto del analgésico.

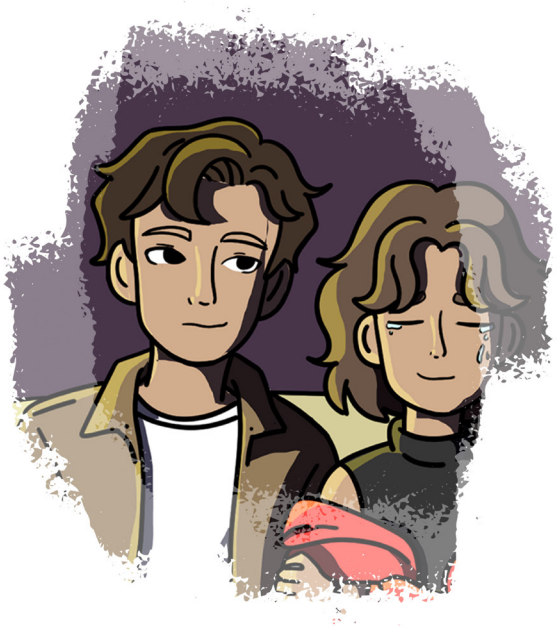
Taylor bajó la cabeza, apretó los labios y la abrazó desde atrás, apoyando la barbilla en su hombro. Gracie respiraba entrecortado.

—Yo... sé que está mal, pero a veces pienso que tiene razón. Que si dejo de ganar... dejo de valer algo.

Todos se sintieron identificados con Gracie, porque cada uno arrastraba secretos en sus familias, esas que desde fuera parecían perfectas. Anna le sujetó la mano con fuerza y le secó con el pulgar la lágrima que se deslizaba por su mejilla.

Taylor sintió que era el momento de sincerarse también. Tragó saliva y, con la voz un poco temblorosa, contó que su padre estaba engañando a su madre desde hacía cinco meses... y no con cualquiera, sino con su ex, Gabriella. Confesó cuánto le dolía ver a su padre actuar como si nada, y admitió que además lo odiaba porque era un político corrupto, alguien que se vendía con una sonrisa en la tele mientras destruía todo a su alrededor.

Lucas le dio una palmada en la espalda a su amigo, y Anna bajó la mirada hacia el suelo, sintiendo en el pecho la certeza amarga de que, en el fondo, todos ellos estaban rotos de alguna forma.

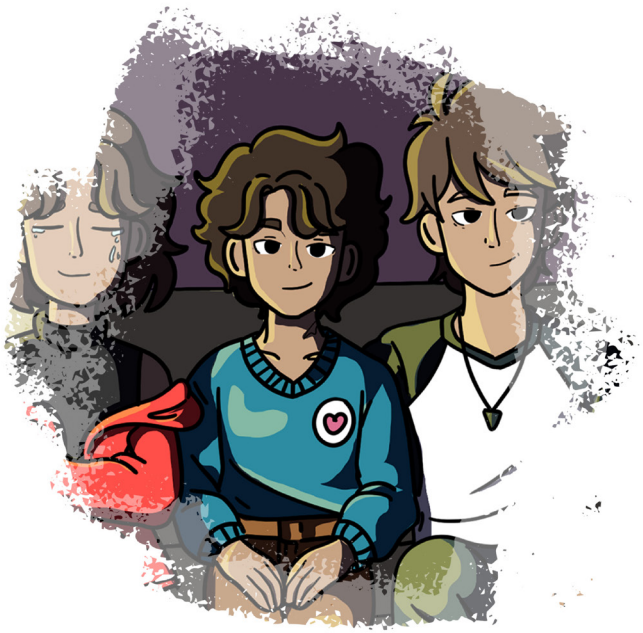


CUANDO EL SILENCIO VOLVIÓ A LLENAR LA SALA, ***LUCAS TOMÓ AIRE Y DECIDIÓ CONTAR SU HISTORIA.*** *ADMITIÓ QUE QUERÍA DEJAR DE VENDER DROGAS, QUE SU PROPIO PADRE LO HABÍA METIDO EN ESE NEGOCIO, Y QUE LA ÚNICA FORMA REAL DE SALIR ERA MURIENDO.*

Confesó entre sollozos que las mafias y las redes de trata en el mundo artístico no eran rumores, sino una verdad que conocía de cerca... que lo destrozaba saberlo y no poder hacer nada. Sus amigos lo abrazaron al verlo quebrarse, porque Lucas nunca mostraba fragilidad.

Finalmente, llegó el turno de Anna. Respiró hondo y lo soltó. Les contó que su paso por el orfanato fue un infierno: gracias al destino no la violaron como a varias de sus amigas, pero una vez la descubrieron besándose con su compañera de habitación... y decidieron "purificarla": la ducharon con agua hirviendo hasta que le salieron ampollas, la azotaron con látigos y la encerraron durante días en un cuarto oscuro. Por eso, confesó, nunca había podido confiar del todo ni siquiera en sus padres adoptivos.

ESA NOCHE, QUE EMPEZÓ COMO UNA SIMPLE REUNIÓN DE AMIGOS, TERMINÓ SIENDO EL MOMENTO EN QUE SE MIRARON DE VERDAD POR PRIMERA VEZ: SE ABRAZARON, LLORARON Y SE PROMETIERON NUNCA MÁS SOLTARSE DE LA MANO, SIN IMPORTAR NADA.



Anna y Gracie estaban sentadas en el sillón, con los chicos a sus pies, cuando de pronto llegó una notificación al celular de Gracie: eran *likes* en la historia que había subido a Instagram. A Gracie se le llenaron los ojos de lágrimas, porque en esa foto solo veía la falsedad que llevaban años sosteniendo en sus rostros. Anna, al notar que su amiga estaba llorando, se acercó más y le preguntó qué pasaba.

—Es que... todos piensan que somos perfectos, que tenemos vidas increíbles... y es mentira, siempre lo ha sido —confesó Gracie con la voz quebrada.

Entonces, Anna le quitó suavemente el celular, abrió la cámara y miró a los demás. Los chicos entendieron sin que ella tuviera que explicar nada y se sentaron a su lado, cada uno en un extremo, al lado de las chicas.

—Nunca más seremos los de esas fotos —dijo Anna, con firmeza pero también con ternura.

—Seamos quienes somos de verdad. Estaremos juntos, no necesitamos fingir más. Esta foto será nuestro recuerdo real... nosotros, siendo amigos.

Todos sonrieron, esta vez de verdad, y la cámara capturó esa imagen sincera: cuatro amigos unidos.



Manos de tierra

Kiiroi

Autor:
Kiiroi

Carrera:
Publicidad y Medios Digitales

Ilustración:
Alexis Jean Piers Ochoa Carranza

Carrera:
Diseño - CDIS

Mis días comienzan a las cuatro de la mañana, que es la hora en la que el mercado despierta y se consiguen las papas más frescas. De pequeña despertaba llorando, haciendo berrinche porque quería seguir durmiendo. A mis catorce años ya no lloro, los años me han acostumbrado a despertar antes que los gallos.



Me pongo el uniforme medio dormida y salgo como puedo, abrazando mi mochila y siguiendo a mi madre, que empuja su carrito lleno de costales.

Las mañanas en el mercado empiezan con olor a caldo. Caldo de gallina o mote, si el día anterior tuvimos buena venta; caldo de menudencia de pollo, si no nos fue muy bien. Hay veces en las que no nos va bien por varios días seguidos; esos días, mi madre se levanta más temprano a sancochar las papas que se quedaron sin vender.

Papas. Vivo rodeada de papas. Mi madre las trata como tesoros, las limpia una por una con una escobilla vieja hasta sacarles toda la tierra, luego las clasifica por tamaño y las apila en un cerrito. Cuando termina, pasa al siguiente costal y repite todo el proceso. Mientras yo sigo luchando por limpiar las papas huayro ella ya ordenó tres costales. Siempre dice: “Un puesto lindo vende mejor. Debes hermosear las papas igual que te hermoseas el rostro”.

Para cuando da la hora de irme al colegio, tengo las manos marrones, llenas de tierra que se me acumula bajo las uñas. Siempre voy al baño del mercado antes de irme, restriego mis manos con jabón y limpio mis uñas con un cepillo. Rasco mis manos resecas hasta que alguien toque la puerta y me obligue a salir. La tierra sale, pero los años limpiando papas y cargando costales las han endurecido, tienen callos y se han vuelto más anchas.

Un día, una de las niñas del salón llevó su set de manicura. Su madre la había inscrito a un curso y quería practicar con nosotras. A la hora del almuerzo, todas hicimos nuestra cola en su carpeta, dispuestas a ser sus conejillos de Indias. Cuando llegó mi turno y extendí las manos, las miró con lástima y dijo: —Ay, Cora, tampoco hago milagros. Esto ya no tiene salvación.

Desde ese día, procuro andar con guantes fuera de casa. No me gustan mis manos; evito mostrarlas todo lo posible. No importa cuántas cremas les ponga, o de qué color me pinte las uñas, nunca se verán como las de mis amigas. Ellas tienen las manos delicadas, finitas y suaves. Las mías parecen estar hechas de arcilla.

Cuando mi día termina, mi madre viene a recogerme de la escuela con su mandil favorito, el floreado que le regaló en su cumpleaños la señora que vende verduras. Yo le he dicho que no es necesario que lo haga, que ya estoy grande y puedo cuidarme sola. Le digo que todas mis amigas regresan solas a su casa, pero ella se niega, terca como tierra árida. De niña, amaba cuando venía a recogerme. Ahora preferiría que no lo hiciera. Soy consciente de las manchas en su falda que intenta tapar con el mandil, de su olor a verduras maduras bajo el sol y de las cascaritas de cebolla que vuelan desde el puesto de la vecina y se meten entre sus trenzas. Siento que las otras niñas mirarán en nuestra dirección y verán la tierra en mis uñas. Sé que, probablemente, a nadie le importamos, pero igual siento mil ojos mirando en mi dirección cuando mi madre me abraza e impregna el olor del día en mi ropa.

—TRAIGAN UNA FOTO CON SUS MAMÁS PARA DECORAR EL MURAL DEL DÍA DE LA MADRE —DIJO LA MAESTRA RAMÍREZ UN DÍA DE MAYO.

Llevé una foto antigua que mi madre guardaba en el álbum familiar, de esas que se tomaban con cámara analógica en la Plaza de Armas. En ella salgo de niña, sonriendo junto a mi madre. Debió ser un día importante, ya que ambas vamos de vestido y sombrero. Yo, con un vestido blanco lleno de bobos y ella, con ese vestido fucsia que aún guarda en su armario con cariño, porque le recuerda a sus años de juventud. Creo que es de las fotos más bonitas que tenemos.

EL PROBLEMA VINO CUANDO LA MAESTRA RAMÍREZ, MOTIVADA POR SU ENORME CURIOSIDAD, NOS PIDIÓ QUE PASÁRAMOS AL FRENTE CON NUESTRAS FOTOS. —HÁBLENME UN POCO DE SUS MADRES ANTES DE PEGAR LA FOTO. QUIERO CONOCERLAS.

En mi mente estaba preparando mil cosas para decir: que colecciona piedras que le parecen bonitas, que aunque no sabe leer ama que le lea poesía, que su color favorito es el fucsia y que cada semilla que pone en la tierra florece. Pero mis ideas se esfumaron, corrieron a esconderse bajo la tierra cuando todas empezaron a hablar de sus madres.

—Mi madre es profesora —dijo Anita, y, por supuesto, a Ramírez le encantó escuchar eso.

—Mi madre es abogada, dijo otra.

—La mía, la verdad, no trabaja —dijo Mariana—. Mi papá es quien trabaja y mi mamá nos cuida.



Una por una iban hablando maravillas sobre sus madres. Lo cierto era que la maestra no había pedido que habláramos sobre en qué trabajaban, pero al parecer venía implícito, en letras chiquitas, pues todas lo habían hecho.

Para cuando llegó mi turno y me paré al frente, ya había olvidado lo que había practicado. Todas me miraban con curiosidad, esperando lo que iba a decir, pero ni yo lo sabía.

—Esa es una bonita foto, Cora —dijo la maestra, intentando que soltara la lengua.

—¿Esa eres tú de chiquita?

Asentí, con la boca seca, pensando en cómo escapar de esto.

—Profe no me siento muy bien... ¿puedo ir a la enfermería?

Me libré, por supuesto. La curiosidad de la maestra Ramírez no era tan grande como para mantener a una enferma en el aula.

Esa tarde, cuando vi a mi madre esperándome fuera de la escuela, con su mandilito de flores y sus trenzas, se me revolvió el estómago. Cuando me acerqué, me sonrió como siempre y me apachurró entre sus brazos.

—¿Qué tal tu día, corazón?

—Normal —respondí, como si unas horas atrás no me hubiera negado a hablar de ella. —¿Vendiste mucho hoy? —intenté cambiar de tema, buscando algo que calmara esa sensación de que el estómago se me hacía un nudo.

—Hoy fue un muy buen día. Aproveché para comprarte estos (del bolsillo de su mandil sacó un par de guantes blancos, de esos blancos que sabes que terminarán siendo amarillos si los lavas mal).

—Sácate esos guantes feos que tienes puestos, ya están viejos. Ay, niña, eres demasiado friolenta. ¿Quién necesita usar guantes todo el tiempo? No sobrevivirías ni un solo día de invierno en mi pueblo. En estos días vamos al doctor para que te vea, no vaya a ser que tengas anemia, porque eso no es normal.

Con sus manos secas me sacó mis guantes viejos y me puso ella misma los nuevos. Sentí su piel contra la mía como hace tiempo no pasaba, y me sentí aun más culpable de lo que ya era.



—Ay mi niña, ¿por qué estás llorando? ¿Pasó algo en la escuela?

Sacudí la cabeza y la abracé fuerte, dejando que mi nariz se llenara de su olor a verduras. En ese momento me di cuenta de lo tonta que había sido por avergonzarme de ella.

Esa noche, cuando se quedó dormida, froté sus manos con crema, admirando cada callo que había ganado con los años. Dejé el frasco de crema en su mesita de noche, de todos modos, ella la necesita más que yo.

Al día siguiente en la escuela, le pedí permiso a la maestra Ramírez para salir al frente con mi foto. A ella, por supuesto, le encantó la idea.

HASTA QUE UN DÍA LO ENTENDÍ: ***TAL VEZ YO NO ERA TAN HERMOSA NI ESPECIAL COMO MAMÁ ME HIZO CREER.*** *MIS PASADORES USUALMENTE ESTABAN DESAMARRADOS, MI CABELLO NO ERA NI LACIO NI ONDULADO, TAMPOCO TENÍA LA NARIZ RESPINGADA, Y MIS PECHOS NUNCA IMPRESIONARON A NADIE.*

—Ella es mi mamá —dije, alzando la imagen frente a todas. —Se llama Victoria y se levanta muy temprano, cuando el cielo aún está oscuro, para ir a trabajar al mercado. Tenemos un puesto donde vendemos papas, y gracias a ella puedo reconocer casi todos los tipos que existen. Tiene las manos duras de tanto trabajar. No son perfectas, al igual que las mías, pero no importa porque no necesitan ser suaves para sentir su amor cuando me acaricia.

Desde ese día, dejé de sentir vergüenza de mi madre y su trabajo. No quiero trabajar en un mercado cuando sea grande, y eso está bien, porque ella tampoco quiere eso para mí. Pero me siento orgullosa de mi madre por hacerlo. Ahora, cuando camino a su lado, guardo los guantes que me regaló. Prefiero sentir su mano contra la mía, áspera y cálida, mucho más reconfortante que cualquier trozo de lana que me esconda del mundo.

Ya no siento vergüenza de mis manos, porque están hechas de la misma tierra que las suyas, y en esa tierra florece mi orgullo.


THE

El *selfie* del inicio

Gabale

Autor:
Gabale

Carrera:
Comunicación Integral - CCOM

Ilustración:
Fabiana Lorena Hidalgo Montaldo

Carrera:
Diseño - CDIS

Si alguien me hubiera dicho que una nueva vida puede comenzar con un *selfie*, no lo habría creído. ¿Un *selfie*? Por favor. Ya sé que hoy, en esta modernidad del día a día, todo son fotos, filtros y compartir tu vida en redes. Pero pensar que una imagen tomada con el brazo estirado pueda marcar un punto de quiebre en la vida de alguien... eso siempre me pareció absurdo.



Lo curioso —lo gracioso, en realidad— es que fue exactamente lo que me pasó. Un *selfie* marcó el inicio de mi nueva vida. Y lo peor no es eso. Lo peor es que odio ese *selfie*.

Esperen, no nos adelantemos a los hechos. Solo tenía 15 años, recién cumplidos, y con el conocimiento más escaso sobre la vida —como cualquier adolescente de esa edad— tuve que cambiar de país.

Sí, eso significa que soy migrante. También significa que no solo tuve que transformar mi vida, sino incluso mi forma de hablar. Pero ese no es el punto de esta historia... aunque sí es relevante para llegar al *selfie*. Y para explicar por qué lo odio tanto.

El caso es que me mudé de país. Metí quince años de mi vida, que en ese momento me parecían un montón, ¡ja!, qué ilusa, en una sola maleta. Ahora que lo pienso, ni siquiera tuve sobrepeso, lo cual contradice por completo esa idea de que llevaba "toda mi vida" conmigo.

Pero bueno, dentro de todo, sí me sentía preparada. Era una decisión tomada con meses de anticipación. Lo que pasa es que, en mi pobre mente de adolescente ignorante, no me daba cuenta del todo de que, en serio, estaba cambiando de vida.

Y ahí entra el *selfie*. Fue lo que, con el tiempo, me hizo darme cuenta de que justo cuando se tomó esa foto, mi antigua vida quedó sepultada en los recuerdos, y la nueva era la que empezaría a vivir por el resto de mi existencia... a menos que me vuelva a mudar de país. Quién sabe.

Y AHÍ ENTRA EL SELFIE.

ESE MALDITO SELFIE FUE LA PRIMERA FOTO MÍA EN PERÚ. SÍ, EN EL AEROPUERTO. ESA TÍPICA IMAGEN QUE SE TOMA CUANDO ALGUIEN LLEGA O SE VA DE VIAJE: MALETAS AL FONDO, SONRISAS FORZADAS Y, ALREDEDOR, EL CAOS HABITUAL DE UN AEROPUERTO. GENTE CORRIENDO CON LAS MALETAS PARA NO PERDER SU VUELO, OTROS LLORANDO PORQUE ACABAN DE DESPEDIRSE DE ALGUIEN IMPORTANTE.

Y yo, en medio de todo eso, con mi maleta al lado y la cara larga más grande del mundo, como si hubiera sido el peor día de mi vida.

Junto a mí estaba mi padrastro. Él fue quien tomó la foto.

Les juro que no estaba molesta. Ni triste. No me pasaba nada.

Y ahí es donde viene la peor parte.

Mi padrastro, como cualquier adulto nacido antes de la era digital, que quiere ser moderno pero todavía no sabe manejar del todo un teléfono, intentaba presionar el típico círculo para tomar la foto y... no podía.

Así que yo, como cualquier adolescente experta en tecnología, redes y poses, me estresé, dejé de sonreír y me lancé a quitarle el teléfono para tomar la dichosa foto yo misma.

Pero, típico del destino y su maldito juego en el que siempre pierde el más estúpido, o sea, yo, justo en ese preciso momento, mi padrastro logró tomar la foto.

El problema es que yo no sabía que la foto se había tomado justo en ese momento... hasta que llegamos a lo que sería mi nueva casa y mi mamá me dijo:

—Ay, ¿por qué sales tan molesta en esa foto?

—¿Cómo que molesta? A ver...

Y ENTONCES DESCUBRÍ MI PEOR PESADILLA. EN ESE MOMENTO NO LO SABÍA, PERO ESA FOTO TERMINARÍA REPRESENTANDO MUCHO MÁS QUE UN SIMPLE SELFIE. *ERA MI PRIMERA FOTO EN PERÚ, Y SALÍA CON CARA DE HABER ODIADO A TODOS LOS PERUANOS, SU PATRIA Y SU COMIDA... CON APENAS DIEZ SEGUNDOS EN SU PAÍS.*



¿Cómo iba a convencerlos de que sí los quería? ¿Cómo les explicaba que todo había sido culpa de un malentendido generacional y tecnológico?

Tampoco es que creyera que algún peruano me lo iba a preguntar, ¿no? Pero tenía 15 años y, "obvio", me importaba. Creía excesivamente relevante que ese fuera mi gesto en mi primera foto en este hermoso país.

Y lo peor no fue solo que en la foto salí fea. Fue que mi mamá y mi padrastro la subieron a *Facebook*, el reino de los *boomers*, donde quizás algún padre o madre de un amigo la vería... y luego mis amigos se burlarían de mí.

Spoiler: no pasó.

Y como buena adolescente, hice lo que mejor sabemos hacer: rogarles para que la eliminaran.

Y ellos, como excelentes *boomers* y devotos de *Facebook,* dijeron que no.

Después de tantos intentos, me resigné. La foto quedó ahí, flotando en ese rincón digital por varios años.

Lo curioso de todo es que, en ese momento, solo me importaba lo mal que había salido. No me di cuenta de lo que esa imagen significaba realmente.

Era el inicio de mi nueva vida. Cuando ese *selfie* fue tomado, exagerando, llevaba treinta minutos en el país, el tiempo que estuve en migraciones y lo que tardé en salir.



Marca, tal cual, el comienzo de todo. Lo que soy en esa foto no es ni la cuarta parte de lo que soy ahora. Esa persona ya no existe.

Y no solo porque crecí, sino porque migrar te cambia.

Ya no me expreso igual.

Ya no hablo igual.

Ya no pienso igual.

Ya mis comidas favoritas no son las mismas.

Ya soy otra persona.

Y si se lo preguntan: esa foto ya no está en *Facebook*.

No me pregunten por qué. No sé.

PERO MIENTRAS ESCRIBÍA ESTO, SENTÍ LA NECESIDAD DE BUSCARLA. QUERÍA VOLVER A VER A LOS OJOS A ESA PERSONA QUE YA NO EXISTE.

CREO QUE LA ADOLESCENTE DE 15 AÑOS LOGRÓ SU COMETIDO. ALGUNOS AÑOS TARDE... PERO LO LOGRÓ.

ES DE MADRUGADA, ASÍ QUE NO PUEDO PREGUNTARLE A MI MAMÁ POR QUÉ LA BORRÓ.

PERO BUENO... ESA YA ES OTRA HISTORIA.

O TAL VEZ, OTRO SELFIE.



El pintor

Bambi

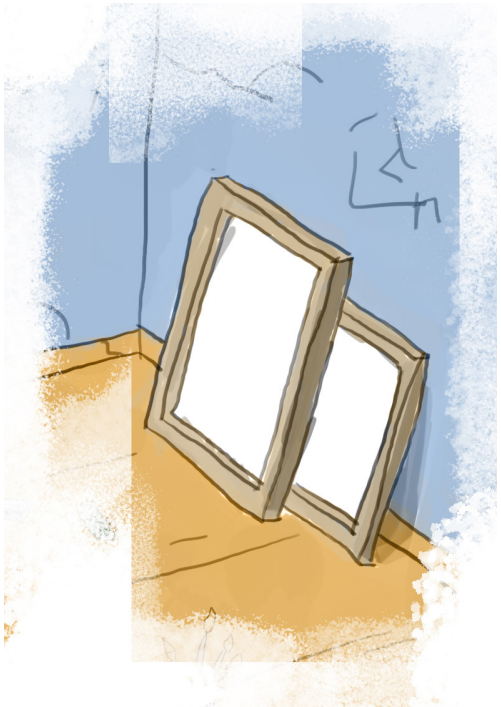
Parece que mi Dios se levantó del lado equivocado de su cama y me ha abandonado. Pero hoy, eso ya no importa. Ya no me importa. Vivo, o más bien sobrevivo, a lo que muchos llaman vida. Sin embargo, en medio de ese sobrevivir, hay momentos que valen la pena gozar. Momentos que te hacen sentir que no todo está perdido. ¿Qué significado le he dado a vivir todo este tiempo?

Autor:
Bambi

Carrera:
Marketing

Ilustración:
Carlos Alfredo Perez Reinoso

Carrera:
Diseño - CDIS



Tengo casi cuarenta años y aún no he dado una respuesta. Cada quien responderá de una manera distinta, pero todos mentirían, pues nadie sabe realmente cómo vivir. Puede llegar a ser tan paradójico intentar darle una respuesta adecuada... Quizás nadie tenga la respuesta. Quizás no haya una.

Pensamientos como estos van y vienen como olas en el mar de mi mente. Mis pinturas ya no son mías. Ya no me encuentro en ellas. Ya no soy uno con ellas. Pero ¿cómo puedo obligarlas a que sean parte de mí otra vez, si hace tanto tiempo que dejé de ser parte de ellas? ¿Cómo lograr recuperarlas? ¿Cómo hacerlas mías de nuevo?

Sumergido en el humo de mi tabaco, no puedo ver la superficie que me espera. Todos los días, sin descanso alguno, vuelvo a pararme frente al lienzo sintiendo un miedo absoluto al blanco, al vacío. Las ideas ya no fluyen. La pintura ya no corre. Los trazos ya no se pintan. Solo soy yo: un hombre que solía pintar, que solía vivir.

Dejé de pintar hace mucho tiempo. Desde antes de escuchar a los pájaros cantar en mi ventana. Desde antes de mirar el azul del cielo a través de ella. Pero lo extraño es que todo eso sigue igual. Solo que yo ya no lo siento. Tal vez el tiempo fue mi asesino. Y ha cometido el crimen perfecto, pues no hay restos de quien solía ser.

Recuerdo el último cuadro que pinté con el alma. No sé si fue el color, la luz o esa música que sonaba de fondo. Pero lo terminé con lágrimas en los ojos. No porque doliera, sino porque, por fin, algo dentro de mí había hablado... por última vez.

Y así, sin más, vuelve a mí ese vislumbre. Como vuelve, también suele irse. Pero esta vez decidí atraparlo. Atrapé ese recuerdo. Me permití sentir de nuevo. No como espectador, sino como protagonista de aquella vieja historia que, sin querer, se volvió lejana.

Salí disparado de mi habitación hacia el taller como quien corre hacia el reflejo difuso de un ayer que se resiste a morir del todo. Desempolvé los lienzos con manos que ya no sabían si temblaban de miedo o de anhelo. El polvo se elevó como cenizas de un fuego que creí extinto.

Y entonces lo encontré.

Era un lienzo mío. No por la forma —que no tenía— ni por el trazo —que aún no hablaba—, sino por el silencio. Ese fondo azul, profundo, sin destino ni rostro, era un espejo de mi propia deriva. Como si el lienzo hubiese estado todo este tiempo esperándome, callado, paciente, fiel.

ME ACERQUÉ COMO QUIEN SE APROXIMA A UNA HERIDA QUE TODAVÍA DUELE. TOQUÉ LA TELA. NO HUBO MAGIA, NO HUBO RELÁMPAGOS, PERO SÍ UN MURMULLO SUAVE, UNA ESPECIE DE SUSPIRO. MIS MANOS SE ALZARON SOLAS. EL PINCEL TEMBLÓ. Y SIN SABER CÓMO, EMPECÉ A PINTAR. Y PINTÉ.

PINTÉ CON LA TORPEZA DEL QUE VUELVE. CON LA FE ROTA DEL QUE INTENTA. DEJÉ QUE MIS MANOS HABLARAN EL IDIOMA QUE EL ALMA YA NO SABÍA PRONUNCIAR.

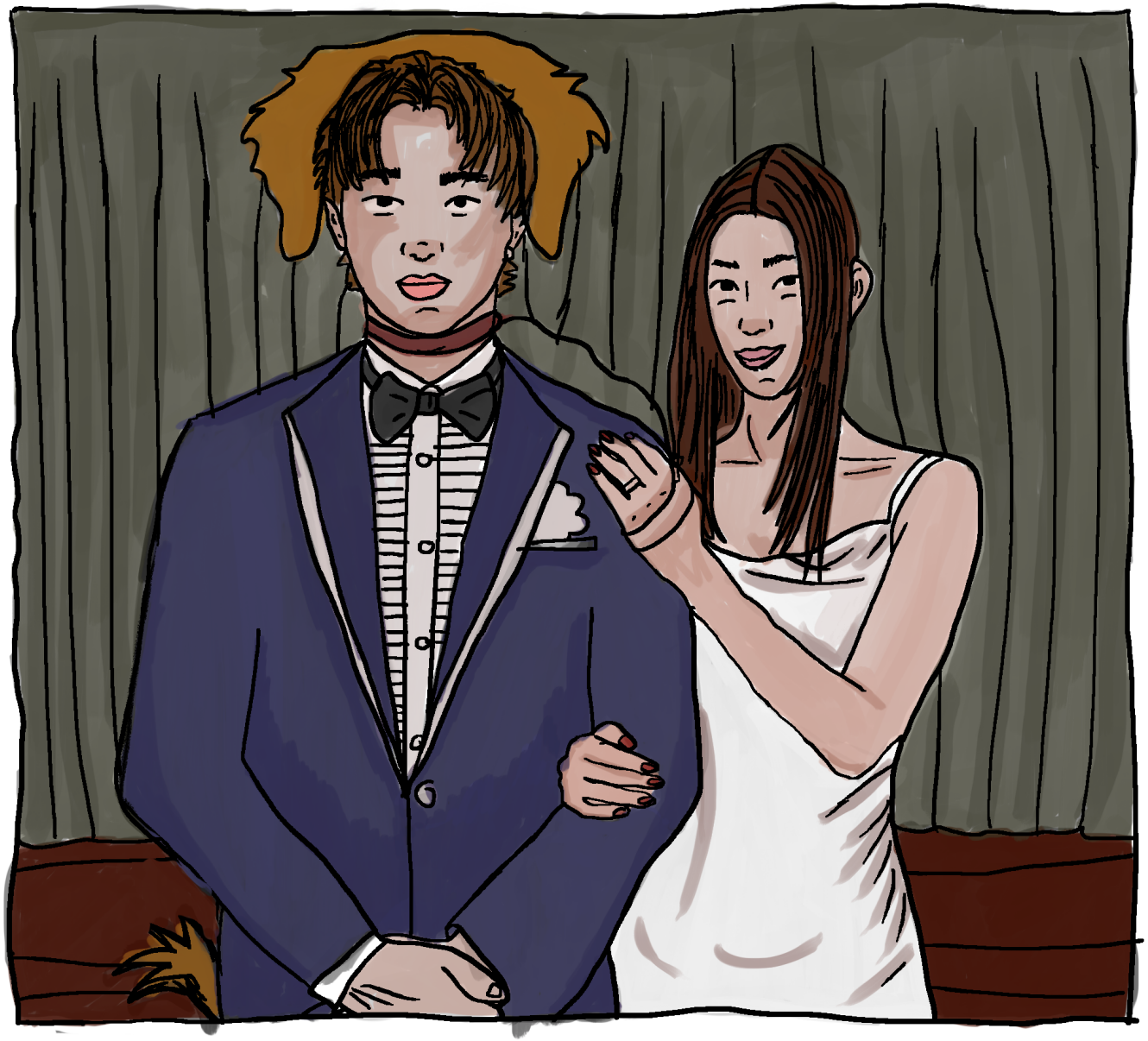
LOS COLORES NO BUSCABAN ARMONÍA, SOLO BUSCABAN VERDAD. NO BELLEZA, SOLO PRESENCIA Y PAZ.



Y por un instante sagrado volví a ser ese hombre que pintaba con el alma, que se desbordaba en cada trazo, que no se escondía, ni buscaba verdades absolutas. Solo era. Y en ese momento comprendí que hay belleza en lo roto, en lo que no necesita explicación. Que hay una forma de luz que no ilumina hacia afuera, sino hacia adentro.

Y fue así como, poco a poco, los azules comenzaron a quebrarse, a respirar, a moverse como olas acariciando una orilla olvidada, a transformarse en un cielo esperanzador, un mar en calma. Cada trazo era un latido, cada trazo me devolvía el alma al cuerpo. Mis manos danzaban al compás de una melodía que nadie más oía, una música hecha de recuerdos, de pérdidas, de todo lo que fui y que creí olvidado. Por un instante mágico volví a ser ese hombre que pintaba con algo que roza lo sagrado, que se dejaba desbordar en cada color, que se encontraba —y se salvaba— en cada trazo que daba. Pinté sin buscar nada a cambio y, por primera vez, me sentí agradecido.

Sabía que al amanecer volvería a ser solo yo, con la ausencia que me habita y los miedos que me susurran. Y, aun así, mañana también volvería a pararme frente al lienzo. Algo dentro de mí, aunque pequeño, se negaba a morir. Porque hay una llama frágil, una luz temblorosa que no se rinde. Y mientras ella arda, aunque sea apenas un punto en medio de la noche, yo también seguiré ardiendo. Pintando. Amando. Viviendo.



Pero

Deran

Conocí a Julián, mi esposo, hace más de diez años, cuando estudiaba la carrera de enfermería en la facultad. En ese entonces, yo tenia 26 y él 21. Juntos, compartimos bellos momentos que aún atesoro y recuerdo con mucha nostalgia. Él me liberó de la presión a la que mi familia me había sometido por años, de la responsabilidad de encontrar a alguien con quien pasar el resto de mi vida. Había creído imposible el hecho de encontrar un hombre perfecto como él: atento, caballeroso, amable y guapo.

Autor:
Deran

Carrera:
Comunicación Audiovisual

Ilustración:
Vania Mercedes Zaen Ruiz Figueroa

Carrera:
Diseño - CDIS



Me hacía sentir especial como nadie nunca lo había hecho, no solo era el amor de mi vida, sino que se convirtió también en la única persona en ella. No necesitaba a nadie más si lo tenía a él, que me hacía sentir, día tras día, perdidamente enamorada.

Yo renuncié a mi sueño de ser enfermera cuando me propuso matrimonio, junto a la promesa de formar una familia juntos. Me mudé con él a Colombia, su país. Compramos una casa y decoramos un cuarto para nuestra bebé, que estaba en camino, a la que llamamos Mía. Éramos muy felices en ese entonces. O, al menos, yo lo era.

Diez años han pasado, diez años en donde disfruté su cálida compañía, que hoy en día siento fría y distante.

Eran las nueve de la mañana, ya había llevado a Mía al colegio y, regresando a casa, escuché a Julián en el cuarto de lavado hablando con alguien. Apenas me vio, termino la llamada y se dirigió a mí.

—Buenos días amor —me saludó Julián.

—Buenos días cielo, ya está listo el desayuno, si gustas te puedo calentar el café —le dije con dulzura.

—No hará falta, tengo prisa, hoy hay una reunión con los ejecutivos de la empresa y necesito preparar la presentación desde temprano, pero igual te lo agradezco —me respondió.

JULIÁN SE DESPIDIÓ APRESURADAMENTE. MIENTRAS VI COMO SE SUBÍA AL COCHE Y SE ALEJABA LENTAMENTE RECORDÉ QUE HABÍA QUEDADO CON UNAS VIEJAS AMIGAS DE LA FACULTAD PARA DESAYUNAR, ASÍ QUE ME DIRIGÍ AL LOCAL, APURADA.

Luego de un ameno reencuentro, mis amigas y yo nos pusimos a platicar de muchas cosas. Entre ellas, el cómo nos había ido en el amor.

Mi amiga Clotilde estaba pasando por su segundo divorcio, aunque no parecía importarle, en realidad.

Y en cuanto a mi otra amiga, Betty, hace poco había encontrado a su marido "revolcándose" con su secretaria.

—No pueden evitarlo, es su naturaleza —dijo Clotilde, a la par que enfriaba con un soplido su taza de té.

—¡Todos los hombres son unos perros!

—Es verdad, a ellos el amor les va y viene, actúan por instinto, al segundo año de casados es muy normal que se aburran y se consigan una amante —respondió Betty—, como si fuera una experta.

—No lo sé, no creo que ese sea el caso siempre —dije.

—¿Aún sigues con el mismo chico de la facultad, con quien decías que te ibas a casar y todo? —preguntó Clotilde.

—Si, así es —respondí.

Luego de explicarles la situación, se había puesto mi tema sobre la mesa. Se pusieron a discutir en qué tan probable era que mi marido estuviera teniendo una aventura.

—¿CUÁNDO FUE LA ÚLTIMA VEZ QUE INTIMARON? —PREGUNTÓ BETTY.

—PUES YA DESDE ALGUNOS MESES... —RESPONDÍ— PERO ES PORQUE SIEMPRE LLEGA CANSADO, NO SEAN MALPENSADAS, ÉL TRABAJA MUY DURO PARA DARNOS LO MEJOR A MI HIJA Y A MÍ.

—Ah claro... ¿Y vas a decirnos que no te has sentido deseada? —dijo Clotilde.

—¡Ya basta! Esta conversación escaló muy rápido, y no voy a permitir que insinúen todo eso de mi esposo —respondí ofendida—. Además, ambas llevan más tiempo de viejas que yo, es lógico que los hombres pierdan interés en ustedes.

—Hazme el favor, Catalina, sabes muy bien que solo te llevamos tres años —dijo Betty.

—¡Pues tres años es mucho! —dije alterada.

—Sí, lo sabemos, también lo debe saber muy bien tu esposo —respondió Clotilde.

Hice una pausa, las miré en silencio, levante mis cosas y me retiré, no sin antes decirles lo que eran: unas viejas menopaúsicas y envidiosas.

Por la tarde, luego de recoger a Mía del colegio, me la pasé pensando en lo conversado con mis, ahora examigas de la facultad. No podía dejar de pensar en todo lo que decían, así que decidí hacer una llamada para tomar cartas en el asunto.

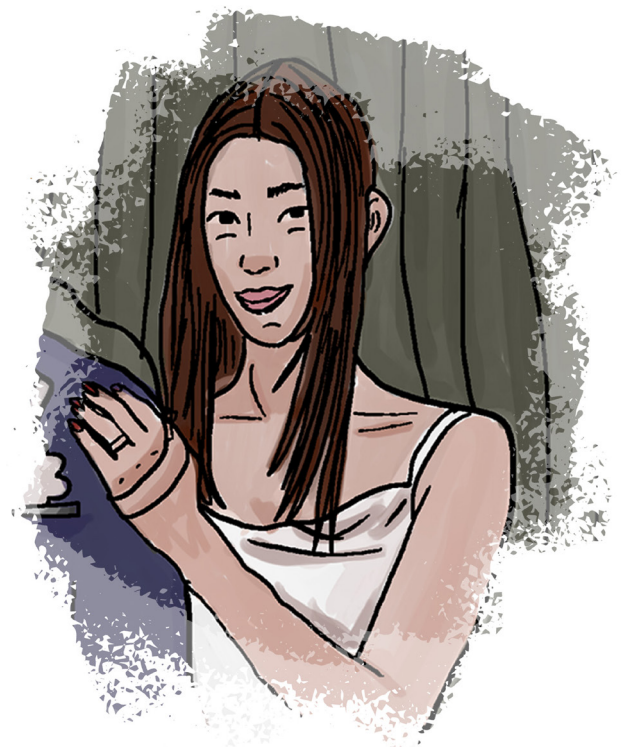
—Aló, Catalina. ¿Qué ocurre?

—Hola Julián, solo quería pedirte que por favor trates de llegar temprano a casa hoy —le respondí pícaramente.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Digamos que te tengo una sorpresita que te va a gustar.

—Pues bien, voy a tratar, hasta más tarde amor —me respondió Julián, extrañado.



Luego de colgar, preparé todo para una noche especial, como solíamos hacer cuando estábamos recién casados. Cociné una deliciosa cena, saqué el viejo vino del mostrador, llevé a Mía a casa de su amiga para una pijamada que se presentó convenientemente y me vestí de forma provocativa con el vestido ligero rojo que usé en nuestra luna de miel.

La noche cayó y yo estaba a la espera de que mi esposo llegara, pasaron las horas, no contestaba mis mensajes y las llamadas iban al buzón. Ya me había acabado todo el vino yo sola y la comida que hice con tanto amor se había enfriado.

Cuando finalmente llegó, me vio ebria, con una profunda decepción en el rostro. Se disculpó conmigo de forma desesperada, argumentando que su trabajo se había prolongado y que su batería se había acabado.

En ese punto ya no me interesó más nada, tan solo quería disfrutar a mi hombre y cerrarle la boca a esas viejas de una vez por todas.

Luego de cenar, le propuse a jugar al juego candente que jugábamos hace años. Él accedió. Tome una soga y lo amarré en ambos bordes de la cama, de manos y pies. Me miraba fijamente y yo me quedé fascinada con su belleza. Le bajé los pantalones, y cuando estaba a punto de desnudarme empezó a quejarse por una presión en la muñeca.

—Amor, perdona, ¿podrías desatar un poco este nudo de mi muñeca izquierda?, está demasiado apretado —me dijo.

—Sí claro, discúlpame cielo —respondí.

Pero al intentar desatar el nudo, noté que le había aplicado mucha fuerza y me fue imposible aflojarlo.

—Espera aquí, voy a traer unas tijeras, cielo.



Encontré las tijeras en un cajón del baño y las sostuve con una mano, fue en ese momento cuando me percaté de que Julián había dejado su celular, sin clave, en la tapa del inodoro.

Una duda infernal cubrió mi mente, me encontraba indecisa entre saber la verdad y traicionar la confianza de mi marido o fingir ignorancia y disfrutar de la noche.

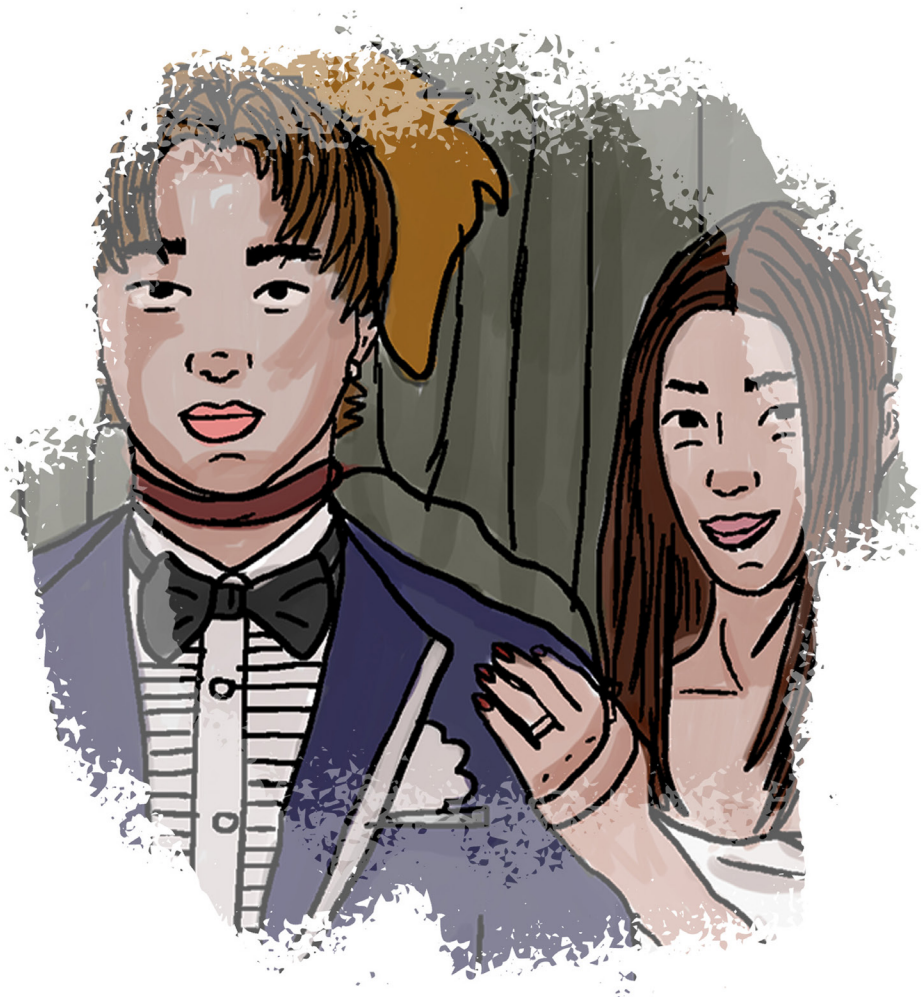
Después de pensarlo por un momento, al final me decidí por echar un vistazo rápido a sus chats de *WhatsApp* y ver si tenía alguna conservación con otra mujer.

Al hacerlo, noté que, efectivamente, no. ¡No había nada! Yo era la única mujer que existía ahí, me sentí aliviada y una alegría inmensa recorrió todo mi cuerpo.

ME SENTÍ MAL POR HABER DUDADO DE MI MARIDO, SABÍA QUE ÉL ME ERA FIEL Y NO DEBÍ HABERME DEJADO INFLUENCIAR POR ESAS FALSAS AMIGAS. CUANDO ESTABA POR DEJAR EL CELULAR Y SALIR DEL BAÑO, LE LLEGÓ UNA NOTIFICACIÓN, UNA FOTO QUE LE HABÍA ENVIADO SU AMIGO DEL TRABAJO, LUIS, CONOCIDO DE LA FAMILIA Y PADRINO DE MI HIJA.

ABRÍ LA FOTO Y NO PODÍA CREERLO, ERA UNA FOTO NUDE, DEL MISMO LUIS, SU AMIGO.

Intenté recuperar la compostura: ¿Por qué carajos Luis le enviaba esa foto a mi esposo? "Capaz se habrá equivocado al enviar", pensé por un momento. Revisé más a fondo sus mensajes. Mensajes pícaros, con una intención y deseo ardiente en cada uno de ellos. Luis lo trataba con la misma dulzura que me hubiera encantado recibir de MI ESPOSO, y él lo correspondía de la misma manera, siempre. No lo asimilaba, no quería hacerlo, estaba en shock y me temblaban las manos. No sabía desde hace cuánto tiempo pasaba esto, ni por qué tuve que enterarme de esta manera. Decidida a llegar al fondo de todo, abrí la galería de fotos del chat, y lo que vi me rompió: fotos de mi esposo, Julián, en ropa interior de mujer, posando de forma provocativa para Luis, en una de ellas usaba el mismo vestido que yo estaba vistiendo en ese preciso momento. Mi mundo se derrumbó al instante. El hombre perfecto, de ensueño, reducido a esto. Me sentí tan humillada, tan poca mujer. Fueron tantos años a su lado, para, al final, darme cuenta de que nunca podría haberlo hecho feliz, ni por mucho que intentara, pero yo no quería que se acabara de esta forma. Agarré el celular, sudando y tambaleándome, y me dirigí rápidamente donde Julián con las tijeras todavía en la mano.



—Julián, ¡¿Puedes explicarme qué mierda es esto?! —le dije, mostrándole el celular con la foto abierta.

Julián se quedó expentante, en shock, con una mirada de terror inexplicable.

—Catalina, ¡¿qué haces con mi celular?!

—¡Te hice una pregunta! ¡Respóndeme!

Julián se quedó mirándome en silencio, veía el arrepentimiento en sus ojos, y una culpa que lo condenadaba.

—Perdóname Catalina, no quería que te enteraras de esta forma. En serio, perdóname, eres una excelente mujer y no merecías esto.

—¡Mientes! ¡Nunca fue tu intención que me enterara! No soy una excelente mujer, porque ni siquiera puedo ser suficiente para ti.

EMPECÉ A LLORAR A MARES, JULIÁN ERA EL HOMBRE DE MI VIDA, *EL HOMBRE A QUIEN LE HABÍA DEDICADO CADA PARTE DE ELLA, TODO MI AMOR. TODA MI COMPAÑÍA NO FUE SUFICIENTE. ME MINTIÓ. LA IRA INVADIÓ MI CABEZA Y NO ME DEJÓ PENSAR CON CLARIDAD.*

Vi las tijeras que tenía en la mano y lo miré a los ojos.

—Catalina, deja eso por favor, me estás asustando. Hablemos, te lo pido...

—¿Hablar? Muchas veces quise que me hablaras, que me dieras un poco de tu atención que hace tiempo no me das. Estoy cansada, ya no quiero vivir si no me amas, yo no sé cómo vivir sin tu amor —dije, agarrando las tijeras con fuerza.

—Por favor, no te hagas daño Catalina —suplicó Julián.

—¿Hacerme daño?, no cariño —respondí y puse las tijeras alrededor de su miembro

—No me lo haré a mí.

Vi el horror en su pálida cara, mientras me suplicaba a gritos que no le hiciera daño.

—CATALINA, POR FAVOR, SUELTA ESO, POR FAVOR, TE LO RUEGO

—ME GRITÓ JULIÁN.

—Me siento menos mujer, y tú deseas tanto ser una, ¿no es así? Solo de esta forma te mantendré a mi lado. No quiero dejarte, no quiero que te vayas Julián, eres todo para mí, no tengo a nadie más.

—No me iré de tu lado, por favor, Catalina, no hagas esto, recapacita.

Miré mis manos temblorosas, por un momento no estaba siendo yo, producto, tal vez, de todo lo que pasaba por mi mente en ese momento.

Me quedé en silencio por un rato, tratando de recuperar la cordura pero, aunque intentaba, no podía pensar en más, quería mi vida de vuelta, quería todo mi tiempo invertido, pero, a la vez, no quería dejarlo, no quería que se vaya, éramos una familia. Era mi única familia y él la estaba destruyendo.

Entonces pensé que no era su culpa, después de todo. Tal vez, él no puede evitarlo, ¿no? En el fondo sigue siendo aquel hombre que un día me amó y me sigue amando. Solo tengo que evitar que sus instintos predominen sobre su razón.

Una vez castrado, aquel perro sería mi acompañante de por vida, incapaz de dejarme a mí y a mi hija. Sería entonces un hombre distinto, un compañero fiel, el hombre perfecto que jamás pensaría en abandonarme.

Acaricie su barbilla y me miró con esos hermosos ojos que lucían inmensamente aterrados, justo antes de desmayarse por la intensa emoción.



AQUEL PERRO ESTARÁ
A MI MERCED,
AQUEL PERRO ME
PERTENECERÁ.
Y YO SERÉ SU DUEÑA,
SIEMPRE.

ISIL